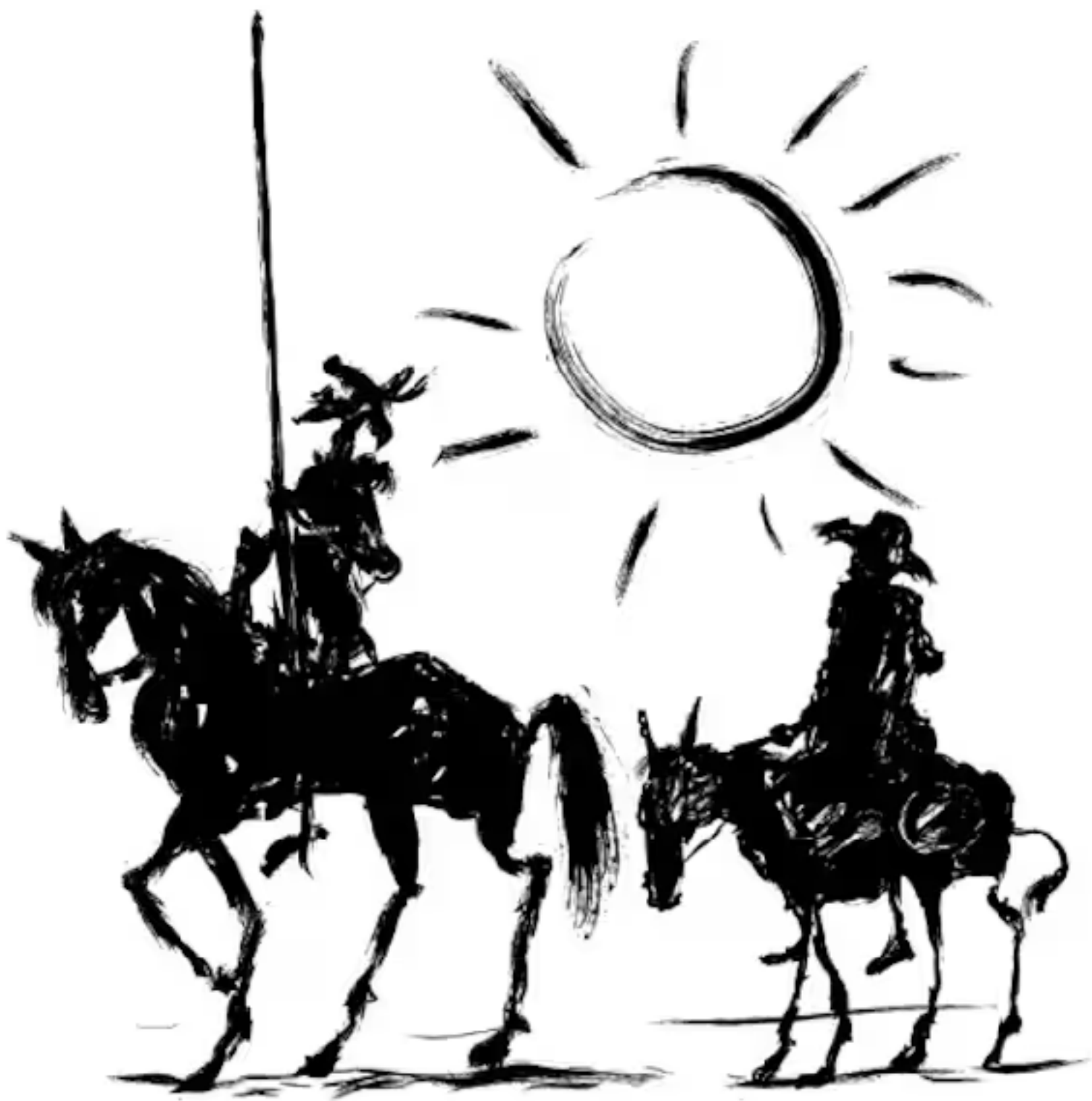




Roteiro polos espazos vitais e literarios de *El Quijote* en La Mancha

**con Ángeles Álvarez Rodríguez, María Salomé Fernández Senra,
María Eva Méndez Fernández e Xulio Xosé PérezPereiras**

Toledo, 3 de maio de 2025 - Código en fprofe G2403006



**XUNTA
DE GALICIA**

**CONSELLERÍA DE
CULTURA, EDUCACIÓN
E UNIVERSIDADE**

Índice

— <i>En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme</i>	03
Punto 1 — Venta donde es armado	
caballero	06
— Puerto Lápice	10
Punto 3 — Argamasilla de Alba	28
— Cueva de Medrano	28
— Iglesia de San Juan	
Bautista	31
— Botica de los académicos	33
— Monumento Quijote de	
Avellaneda.....	36
— La casa del bachiller	
Sansón Carrasco.....	41
— Pósito La Tercia	44
— Estatuas Cayetano Hilario.....	45
Punto 3 — Campo de Criptana	46
Punto 4 — El Toboso	53
— Casa de Dulcinea	57
— Museo Cervantino	75

Con esto, se fue don Lorenzo a entretener a don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron dijo don Quijote a don Lorenzo:

—El señor don Diego de Miranda, padre de vuestra merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuestra merced tiene, y, sobre todo, que es vuestra merced un gran poeta.

—Poeta, bien podrá ser —respondió don Lorenzo—, pero grande, ni por pensamiento. Verdad es que yo soy algún tanto aficionado a la poesía y a leer los buenos poetas, pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice.

—No me parece mal esa humildad —respondió don Quijote—, porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

—No hay regla sin excepción —respondió don Lorenzo—, y alguno habrá que lo sea y no lo piense.

—Pocos—; respondió don Quijote—. (...)

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. XVIII - De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

— En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...

Existen algunos problemas para conocer en profundidad la biografía de Cervantes ya desde el propio lugar de nacimiento. **Alcalá de Henares** y **Alcázar de San Juan** siguen disputándose su cuna, aunque está más documentada la opción madrileña.

A estas teorías se le suma, sobre todo desde 2016, la ciudad de **Córdoba**¹, como asegura el investigador José de Contreras y Saro, a partir de un documento en el que Cervantes declara ser de esta ciudad², aunque esta teoría ya había sido defendida por José López Jiménez³. Con todo, este documento ya fue examinado y comparado con otras fuentes por especialistas en su momento, quienes descartaron de manera concluyente esta posibilidad⁴.

En cuanto a los lugares donde tuvieron lugar las extraordinarias aventuras del caballero, la cuestión principal sigue afectando al inicio de la novela, esto es, el lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiso acordarse nuestro protagonista, lo que ha provocado que muchos pueblos se autoproclamen cuna de don Quijote, o que quieran incluirse en el mítico camino. La novela es voluntariamente imprecisa.

La mayoría de las investigaciones especulan sobre las posibles rutas que don Quijote y Sancho siguieron en sus aventuras, y a partir de aquí se localizan ventas, molinos y caminos que justifiquen las hipótesis que se plantean, especialmente porque los hechos descritos en el libro corresponden a mapas del siglo XVI y XVII, lo que dificulta su localización. Apenas en la novela aparecen unos cuantos lugares descritos con precisión: Tembleque, Puerto Lápice, Quintanar, El Toboso, las Lagunas de Ruidera. Empecemos por el lugar aquel que nuestro hidalgo no quiso acordarse.



Miguel de Cervantes Saavedra

(Alcalá de Henares, 29 de septiembre de 1547 - Madrid, 22 de abril de 1616)

Retrato atribuido a Juan de Jáuregui. No ha sido autenticado, y no existe ningún supuesto retrato de Cervantes cuya autenticidad haya sido establecida.



Casa de Cervantes (Alcalá de Henares)

¹ <https://www.canalsur.es/noticias/una-investigacion-de-jose-de-contreras-y-saro-concluye-que-miguel-de-cervantes-nacio-en-cordoba/2042423.html>

² Es probable que Cervantes, al declarar su origen en el documento, estuviera expresando un sentido de pertenencia a Córdoba, ciudad de la que procedía su padre y donde vivieron sus abuelos paternos. Esto no contradice el hecho de que naciera en Alcalá de Henares.

³ LÓPEZ JIMÉNEZ, José (2021), *Testigo de un tiempo convulso. Crónica del cervantista cordobés Alfonso Adamuz Montilla (1881-1931) y su universo*, Diputación de Córdoba

⁴ El documento fue descubierto por Adolfo Rodríguez Jurado en 1914. Los nietos de Luis Montoto donan su archivo a la Universidad de Sevilla en 1983 y ahí estaba el documento, pero hasta 33 años después no se supo de su existencia, porque en 2016 fue cuando la Hispalense clasificó este archivo.

Villanueva de los Infantes se ha sumado a la lista gracias a un estudio de la Universidad Complutense⁵. Este se basa en que el personaje conocido como el Caballero del Verde Gabán (cap. del 16 al 18 de la Segunda Parte), corresponde a Rodrigo de Miranda, vecino de Villanueva. Además, Cervantes describe el Campo de Montiel en varios momentos, muy cercano a Villanueva. En el Capítulo II de la Primera Parte o en el Capítulo VII, también de la Primera Parte.

La toledana **Esquivias**⁶, situada en la comarca de La Sagra, también reivindica ser punto de partida de las andanzas de Don Quijote. Sus argumentos son diversos. Por un lado, la relación del propio Miguel de Cervantes con esta localidad al llegar a Esquivias en 1584 para entrevistarse con Juana Gaitán, viuda de su amigo el poeta Pedro Laínez y donde conoció a la que sería su esposa Catalina de Salazar y Palacios, con la que se casaría unos meses después en la Iglesia Parroquial de esta localidad. Aquí Cervantes conoció a distintos vecinos que luego le sirvieron como modelo para reflejar algunos personajes del Quijote, personas de carne y hueso como Diego Ricote, el bachiller Sansón Carrasco, el Vizcaíno, Juana Gutiérrez, Mari Gutiérrez y Teresa Cascajo, los cuales aparecen en los libros parroquiales. Además, en los siglos XII y XIII, en la documentación donde se hace referencia a Esquivias, en la mayoría de las veces se le denomina como Lugar de Esquivias o como Lugar simplemente, lo que corroboraría los de «*Lugar de la Mancha*».

La toledana **Urda**, cercana a Consuegra, también pide para si el lugar de inicio. Dicen que a don Quijote le daba el sol en la cara en su primera salida en un día de los calurosos del mes de julio dirigiéndose a Puerto Lápite, eso indica una procedencia del oeste y a una distancia de unos 40 Km., justo donde está Urda. En la segunda salida, esta vez con Sancho Panza, recorre el mismo camino, se encuentra con unos molinos de viento, los de la mencionada Consuegra, a unos 10 o 15 Km. del lugar de partida. En el libro se hace referencia a la maga Urganda. Cuando Don Quijote llega molido a palos a su aldea tras su primera aventura pide al ama que mande llamar a la maga Urganda, que con sus famoso ungüentos curaba cualquier mal, y poco después el ama le dice que no se necesita a esa Urganda: «—*Ténganse todos, que vengo malferido, por la culpa de mi caballo. Lléneme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis heridas. —¡Mirá, en hora maza—dijo a este punto el ama—, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa hurgada, le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!*».

La teoría de **Quintanar de la Orden** se basa en que la venta donde fue nombrado caballero Don Quijote sería la de Manjavacas. Esta venta existente en el siglo XVI se encontraba a unos 30 km de Quintanar de la Orden, y estaba situada dentro del término de la villa de Mota del Cuervo.

⁵ VV.AA. (2005), *El lugar de la Mancha es: El Quijote como un sistema de distancias-tiempos*, Editorial Complutense, S.A.

PARRA LUNA, Francisco y FERNÁNDEZ NIETO, Manuel (2009), *El enigma resuelto del Quijote. Un debate sobre el lugar de la Mancha*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

PARRA LUNA, Francisco y FERNÁNDEZ NIETO, Manuel (2015), *El lugar de la Mancha. Un irónico Cervantes a la luz de la crítica científica*. Madrid: Biblioteca Nueva.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Jesús (2015), *¿Existe el lugar de la Mancha? O la imposibilidad del análisis científico para identificar la patria de Don Quijote. Cuestiones geográficas y metodológicas*, Punto Rojo.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Jesús (2018), «El inexistente lugar de la Mancha. Trabajos sobre su búsqueda científica. Cuestiones geográficas y metodológicas». *El Nuevo Miliario*, 18/19, pp. 165-182.

⁶ LUENGO BARBERO, Segismundo (29004), *Catalina de Esquivias: memorias de la mujer de Cervantes*, Sial Ediciones.

Además, a lo largo de la novela hace mención de un personaje natural de esta localidad «*que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar*» (I P, Cap IV). Por otra parte, la proximidad de los molinos de Campo de Criptana, la corta distancia a El Toboso, la cuna de Dulcinea, y que Quintanar sea uno de los pocos lugares citados con precisión en la obra son otros argumentos.

El origen de la teoría que considera a **Argamasilla** se basa en un estudio elaborado hacia 1765 apenas transcurrido 149 años desde la muerte de Cervantes, o 160 desde la primera edición. Los argumentos en los que se basaba era que, en primer lugar, no hay que olvidar el hecho de que Cervantes comenzara a escribir en esta localidad su obra inmortal, en concreto en la denominada Cueva de Medrano. En segundo lugar, Fernández de Avellaneda, dedicó su Quijote apócrifo a los habitantes de Argamasilla, por ser la patria del caballero andante. Pese al intento de Cervantes de deslegitimar al Quijote de Avellaneda, nunca negó el origen que Avellaneda detalla. A estos argumentos se añade que el personaje en el que se basó Cervantes podría ser Rodríguez Pacheco, del cual podemos contemplar un cuadro exvoto donado por él en la Iglesia Parroquia de la localidad. Todo ello sin olvidar los versos que en la propia obra del Quijote, dedica Miguel de Cervantes a «los académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroso don Quijote de la Mancha».

Alcázar de San Juan⁷ reivindica el lugar de nacimiento de Cervantes y algunos estudios también sitúan aquí la patria de Don Quijote. Alcázar pertenece al Campo de Montiel. La Venta donde fue armado caballero se hallaría en la Venta de las Motillas de Pero Alonso (a unos 28 km. de Alcázar). El episodio de los molinos, sería en la vecina Campo de Criptana, aunque saliendo de Alcázar de San Juan (en el inicio de la segunda salida), desde el punto de «Altomira» se podrían divisar los molinos de Alcázar, Herencia y Criptana. Además se han encontrado referencias a personajes citados en la obra, de los cuales se ha encontrado su partida de bautismos o documentos que los vinculan con la localidad, como son el caso del Pedro Barba, Maritormes, Juan Palomeque «El Zurdo», Ricote «El Morisco», etc.

Mota del Cuervo⁸ se suma también a esta propuesta. En el *Persiles* habla también de ese lugar del que no se acuerda, cuando sitúa a unos peregrinos en Quintanar de la Orden y los hace ir en dirección a Valencia, por el Camino Real, y cuando llegan al siguiente pueblo, vuelve a decir aquello de que: «*llegan a un pueblo no muy grande, ni muy pequeño, de cuyo nombre no me acuerdo*»... Es posible que Cervantes no se acuerde, o no quiera acordarse, pero la geografía se obstina en llamar al siguiente pueblo, saliendo desde Quintanar, en dirección a Valencia, como Mota del Cuervo.

Otras localidades que se suman al carro son las toledanas **Quero**⁹ y **Miguel Esteban**¹⁰ o la albaceteña de **Munuera**¹¹.

⁷ ÁLVAREZ GUERRA, Juan (2018), *Sol de Cervantes Saavedra, Su Verdadera Patria Alcázar de San Juan*, Forgotten Books.

MENDOZA MENDOZA, Antonio (2016) *El Regocijo de las musas. Del lugar de la Mancha al origen del Quijote y a la cuna de Cervantes*, AACHE Ediciones.

⁸ GONZÁLEZ MUJERIEGO, José Manuel (2016) *Lo que Cervantes calló*, Edita Cultiva Libros. Sostiene que Don Quijote parte de Mota del Cuervo.

⁹ Ruiz Castellanos, Alfonso (2017) *El amigo de Cervantes de cuyo nombre 'Quero' acordarme*, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha.

¹⁰ *I Jornadas Cervantinas* organizadas por el Ayuntamiento de Miguel Esteban, el 25 de abril de 2015.

¹¹ Valera, Francisco José y Anguix, Álvaro (2021) *Un lugar de la mancha, la patria de don Quijote al descubierto*, Muno Editorial.

Punto 1 – Venta donde es armado caballero



Venta de Alcantarilla con corraliza.

Según la cuarta acepción de la RAE, una venta es una «*casa establecida en los caminos o despoblados para hospedaje de los pasajeros*». Las ventas tienen su origen en la Edad Media. Tradicionalmente, son construcciones manchegas que contaban con grandes portones por los que accedían los carruajes. El diseño más generalizado era de dos plantas abiertas sobre un gran corral en el que estaban los pesebres, pozo y abrevadero para los animales con soportales. En la planta baja tenían la cocina y un mesón para comer donde los viajeros y sus caballos podían parar, descansar y reponer fuerzas, casi siempre formando una sola estancia. En el piso superior los dormitorios muy humildes donde pernoctaban los viajeros y comerciantes pero no todas las ventas contaban con dormitorios; la mayoría contaba con uno o dos. En cuanto a la comida, en 1560 Felipe II autorizó a los posaderos a vender alimentos y bebidas para los viajeros y los animales. El servicio de postas era un servicio de correo y mensajería¹².

Existen testimonios de que algunas ventas llegaron a contar con una pequeña capilla para officiar misa. En el caso de la desaparecida venta del Molinillo, evocada por Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*.

¹² DOTRAS BRAVO, Alexia (2011), «Otra estrategia narrativa en el Quijote: ¿ventas como castillos» en *Visiones y revisiones cervantinas: actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, págs. 293-300.

Texto 1

EN LA VENTA del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano, se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años: el uno ni el otro no pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados; capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo y las medias de carne. Bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias; el uno tenía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos a sestar en un portal, o cobertizo, que delante de la venta se hace; y, sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño (...)

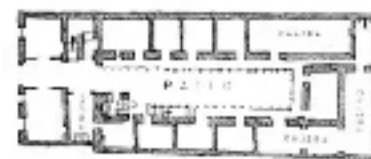
Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1613), *Novela de Rinconete y Cortadillo*.



Vente Nueva de Villamanrique



Venta de Alhama (Granada)



Plano de la Venta del Potro (Córdoba)

Posadas, mesones y ventas

Mientras que las posadas y los mesones, tradicionalmente eran lugares donde dar de comer y hospedar a viajeros y forastero —de igual manera que las ventas—, estas últimas se diferencian de los mesones y las posadas porque siempre se encontraban en el camino —y más tarde en la carretera—. Por eso nunca encontraremos una venta en mitad de un poblado, porque al tratarse de un lugar de paso donde los viajeros y su caballería descansaban, lo más práctico era ubicarse a la orilla del camino.

Según tomemos dónde está ese *lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme* podremos vislumbrar la venta donde Don Quijote fue armado caballero.

La primera aventura que Cervantes nos describe, es la que se produce en el interior de una venta, a la que llega don Quijote después de todo un largo y caluroso día de verano.

Don Quijote toma a esta venta como castillo en el que podría ser armado caballero, pensamiento que desde muy de mañana tenía, pues no había visto a nadie durante todo aquel día, que le hubiera podido dar tal nombramiento.

... Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego, luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino, fue la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es, que él anduvo todo aquel día, y al anochecer, su rocín y él, se hallaron cansados, y muertos de hambre: y que mirando a todas partes, por ver si descubriría algún castillo, o alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese re mediar su mucha hambre, y necesidad: vio no lejos del camino por donde iba una venta, que fue como si viera una estrella, que no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose prisa a caminar, y llegó a ella, a tiempo que anochecía.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1605) «Cap. II - Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote», *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*.

Cerca de El Toboso, según las Relaciones Topográficas de Felipe I (1575-1578), nos encontramos tres ventas:

- ▶ **Venta de la Encomienda de la Torre de Vejezate** (actual Socuéllamos, Ciudad Real) situada en el llamado 'camino de los valencianos' o camino de Toledo a Murcia a unos 500 metros de la ermita de **Manjavacas**¹³ entre Mota del Cuervo (Cuenca) y Pedro Muñoz (Ciudad Real)
- ▶ Otra en **Puerto Lápice**, mucho más moderna pero está situada en uno de los lugares donde sí existía una venta en tiempos de Cervantes.
- ▶ La tercera en un paraje conocido como **Las Motillas**, situada entre Alcázar de San Juan y Manzanares¹⁴.



La **Venta de Manjavacas**, estaría cerca de la ermita en término municipal conguense de Mota del Cuervo.



Venta en Puerto Lápice.

¹³ ROMÁN ALHAMBRA, Luis Miguel (2010), *Mi vecino Alonso: estudios sobre la lectura de la obra el ingenioso Hidalgo don quijote de la Mancha*, Publicado por Gráficas Mata. Sostiene que Don Quijote parre de Alcázar de San Juan.

SÁNCHEZ DUQUE, Isabel y ESCUDERO BUENDÍA, Francisco Javier (2014), *Manjavacas la Venta del Caballero*, Editorial AACHE.

¹⁴ LIGERO MÓSTOLES, Ángel (1991), *La Mancha de Don Quijote*, Excmo. Ayuntamiento Alcázar de San Juan.

Pero a estas tres ventas se les unen otras más:

- ▶ La **venta de Quesada**, que ha existido hasta su completa demolición durante el siglo XX. Era propiedad de la familia Quesada, asentada en Manzanares en el siglo XV, esta venta no está nombrada en las *Relaciones* hechas en Manzanares, en enero de 1579. ¿Olvido o intención de no notificar esta venta y sus rentas?¹⁵
- ▶ La **venta de Borondo o de la Pardilla** situada en el límite de los términos municipales de Almagro, Manzanares y Daimiel, en la provincia de Ciudad Real, aunque perteneciente a Daimiel¹⁶.
- ▶ La **venta de Montealegre** en el término de Lillo.
- ▶ La **venta de Malabrigo** en Mota del Cuervo (Cuenca)¹⁷.
- ▶ La **venta Nueva** en Villamanrique¹⁸



Venta de Las Motillas, entre Alcázar de San Juan y Manzanares.



Venta de Borondo situada en el término municipales de Almagro.



Venta de Malabrigo en la actualidad.



Venta Nueva en Villamanrique.

¹⁵ Teoría defendida por Jesús Cano a partir de las obras Muñoz Romero, Jesús (2001), *La única y verdadera ruta de Don Quijote* y Dumas, Alejandro (1847) *De París a Granada: impresiones de viaje*.

¹⁶ LÓPEZ, Tomás (1780), *Mapa itinerante de los caminos donde anduvo de Don Quijote*.

¹⁷ GONZÁLEZ MUJERIEGO, José Manuel (2016) *Lo que Cervantes calló*, Edita Cultiva Libros. Sostiene que Don Quijote parte de Mota del Cuervo.
<https://motadelcuervoellugardelamancha.com/2016/03/04/la-venta-de-malabrigo/>

¹⁸ FERNÁNDEZ-PACHECO SÁNCHEZ-GIL, Carlos (2019) "Una venta histórica en el Campo de Montiel: Venta Nueva (Villamanrique)". En NAVARRO, E. et al., (eds.): *Aportaciones a la investigación, gestión y difusión del patrimonio del Campo de Montiel*. RECM Extra 3. Centro de Estudios del Campo de Montiel. Almedina: 175-199.

— Puerto Lápice



Su nombre proviene de su emplazamiento en un paso entre las estribaciones de los Montes de Toledo, y de la piedra *lapícea* que compone su subsuelo. Lugar de montaña, asentado en piedra lapídea, de ahí Lápice. Lugar de camino, de paso, lugar de posadas. Población del más puro estilo manchego, puerta de entrada de la provincia de Ciudad Real y un lugar de pintoresca belleza en el que sus calles y sus casonas, adornadas con rejerías, constituyen su principal atractivo. Se cree que fue fundada por los romanos. En la Edad Media, formaba parte del alfoz de Consuegra, cedido este por el rey Alfonso VIII a la Orden de San Juan de Jerusalén, quien repobló el lugar. En el año 1774 el rey Carlos III le concede la independencia como villa.

Conserva tres de las cuatro ventas que tenía que hacen honor a su antiguo nombre **Ventas del Puerto Lápice**. Las Ventas son una construcción típicamente manchega, levantadas en torno a un patio central, con pozo, abrevadero y espacio para carros, con soportales, establos para las caballerías, mesón y habitaciones para pernoctar. Los muros de las Ventas estaban blanqueados y los patios empedrados.



Además se conserva la **Posada del Rincón**, construida sobre los restos del Castillo del Foso, donde según la tradición se alojó el emperador Trajano, y la de **Dorotea Jiménez**, que Azorín menciona en su *Ruta de Don Quijote*, convertidas en viviendas particulares.

En una de ellas, llamada precisamente **Venta de Don Quijote**, las gentes del lugar dicen que bien hubiera podido ser en la que fue armado caballero Don Quijote. Cervantes narra todo ese episodio extraordinario en los capítulos II, III y IV de la Primera Parte. Toda la ceremonia para convertirse en caballero andante destaca por el carácter burlesco con la que el autor las escribe, en la que destaca los diálogos entre el posadero y las mozas de partido con Don Quijote («nunca fuera caballero de damas también servido...»).

Relación con El Quijote

Este pueblo es mencionado en [capítulo II Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote](#). Cervantes escribe:

«Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento...»

En su segunda aventura, Don Quijote y Sancho Panza fueron al Campo de Criptana donde tuvieron el incidente de los molinos ([capítulo VIII Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación](#)).

«Y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero (...) En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, (...) Tornaron a su comenzado camino del puerto Lápice, y a hora de las tres del día le descubrieron».

La lógica del relato da a entender que el Campo de Criptana está más cerca de su pueblo que Puerto Lápice, y que Criptana está de camino a Puerto Lápice. De lo contrario la aventura no tendría sentido, ya que podrían haber ido directamente a Puerto Lápice donde esperaban encontrar aventuras con mayor facilidad.

Villafranca de los Caballeros y el Alcázar de San Juan se encuentran en esta situación. Si estos municipios fuesen el pueblo de Don Quijote, después de la aventura de los molinos y después de decidir ir a Puerto Lápice, habrían ido en dirección de vuelta al propio pueblo, y habrían dormido esa misma noche en el bosque en las afueras de su propio pueblo. De ser este el caso, Cervantes lo debería haber explicado y justificado de alguna manera, ya que se trataría de una situación aparentemente ilógica.



Texto 2

Capítulo II - Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y, por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas, apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y, puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquél que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. (...)

Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje; y, con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero, lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose prisa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta, que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así, con extraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada, les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguizado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fue de manera que don Quijote vino a correrse y a decirles:

—Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez, además, la risa que de leve causa procede; pero no vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante; que el mío non es de ál que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante o paje, y así le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y, diciendo esto, fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquél que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido
Como fuera don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél;
Princesas, del su rocino.

O Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero, tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote—, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela; que no había otro pescado que dalle a comer.

—Como haya muchas truchuelas —respondió don Quijote—, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos; y, así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas; el pan candeal, y las rameras, damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1605), «Cap. II - Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote» *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Texto 3

Capítulo III - De la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero

Y, así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío —respondió don Quijote—, y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y, así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, solo



por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo.

Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo, pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.



Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escrebir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron, y, así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos —que eran pocas y raras veces—, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia, porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad; y, así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogiénolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba y, embrazando su adarga, asió de su lanza y con gentil continente, se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admiráronse de tan estraño género de locura y fuéronse a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

—¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento —a lo que pareció— en su señora Dulcinea, dijo:

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que, si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado —porque aún estaba aturdido el arriero—, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su



adarga y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

—Pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese. Y, así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

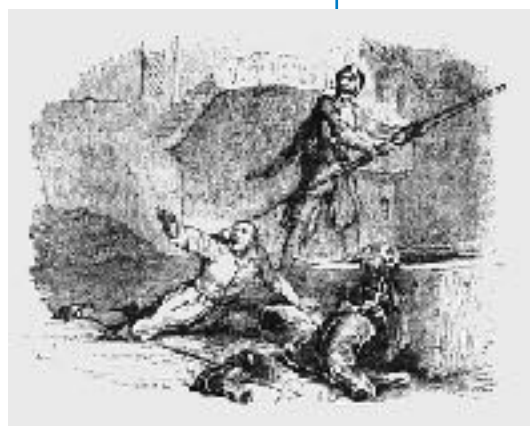
Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase «doña Tolosa». Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese *don* y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1605), «Cap. III - De la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero» *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.



Texto 4

Capítulo III - De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo. (...)

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1605), «Cap. III - De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta» *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Texto 5

Capítulo VIII - Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordaciónTornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

(...) —Aquí —dijo en viéndole don Quijote— podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero, si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor —respondió Sancho—, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y más, que yo de mí me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos —respondió don Quijote—, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré —respondió Sancho— y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño, o esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho —respondió don Quijote—, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla
—dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. Y, sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y por que no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y, en pago del beneficio que de mí habéis recebido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

—Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, dijo Agraes —respondió don Quijote.

Y, arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dio una gran voz, diciendo:

—¡Oh, señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fue en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vio venir contra él, bien entendió por su desnudo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que don Quijote; y, así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte, que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso.

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1605) «Cap. VIII - Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación» *Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron* *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Texto 6

Capítulo IX - Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales, que, si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y fenderían de arriba abajo y abrirían como una granada; y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba.

Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que a mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes,

de los que dicen las gentes
que van a sus aventuras,

porque cada uno dellos tenía uno o dos sabios como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes. Y, así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, o la tenía oculta, o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*, que también su historia debía de ser moderna y que, ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes y con toda su virginidad a cuestras, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algún follón o algún villano de hacha y capellina o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, y se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido. Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable

historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con caracteres, que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

Preguntéle yo que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: «Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha».

Cuando yo oí decir «Dulcinea del Toboso», quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro, y, salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenía a los pies escrito el vizcaíno un título que decía, «Don Sancho de Azpeitia», que, sin duda, debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante estaba otro que decía «Don Quijote». Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y

tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de «Rocinante». Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía «Sancho Zancas», y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de «Panza» y de «Zancas», que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si a esta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera estender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y nonada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba desta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo: tal era el desnudo y continente que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno; el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia, que, a no volvérselo la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fue de manera que se alzó de nuevo en los estribos y, apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo

eso, sacó los pies de los estribos y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y a pocos corcovos dio con su dueño en tierra.

Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y como lo vio caer, saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó a él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran a donde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondió, con mucho entono y gravedad:

—Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís, mas ha de ser con una condición y concierto: y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.

La temerosa y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

—Pues en fe de esa palabra yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1605) «Cap. IX - Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron» *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Punto 2 – Argamasilla de Alba



La primera mención al topónimo Argamasilla lo encontramos en la donación del *Castillo de Argamasiella* a la Orden de San Juan en 1214. Típico pueblo manchego, rico enclave arqueológico, con restos de *Motillas* como la del *Retamar* y de *Santa María del río Guadiana*, poblados de la Edad del Bronce Pleno, con restos romanos y visigodos encontrados en los parajes de la *Moraleja* y el *Sotillo*, fustes de columnas e interesantes frisos

de un templo paleocristiano del siglo V-VI d.C.; la población alcanzó su apogeo a finales del s. XVI, que culmina con la concesión del título de *Villa* en 1612 por Felipe IV.

Un siglo más tarde, esta villa gozó de gran apogeo gracias, entre otras cosas, al establecimiento de bastantes familias moriscas, que venían emigrando después de los acontecimientos provocados por la rebelión de las Alpujarras. Estos nuevos vecinos aportaron todo su saber en técnicas de cultivo, riego y construcción. En el siglo XVIII, a petición del infante don Gabriel (hijo de Carlos III), que por entonces era prior de la orden de San Juan, se construyó el Gran Canal del Priorato de San Juan. Este canal transcurre por el centro de la villa y en los comienzos del siglo XXI sigue en funcionamiento.

A pesar de la popularidad de Argamasilla de Alba como el lugar de la Mancha, existen múltiples teorías que plantean candidatos alternativos como el Alcázar de San Juan, Miguel Esteban, Mota del Cuervo, Pedro Muñoz, Munera, Quero, Urda, Villanueva de los Infantes, Santa Maria de Campo Rus, Puebla de Almoradiel, Quintanar de la Orden, o Esquivias.

— Cueva de Medrano

Relación con Cervantes - Cueva de Medrano

Una antiquísima tradición, recogida por los primeros comentaristas de *El Quijote* y biógrafos de Miguel de Cervantes, afirma que en los sótanos de una casa de Argamasilla de Alba, conocida por **Casa de Medrano**, don Miguel de Cervantes y Saavedra sufrió prisión, comenzando allí la redacción de su singular novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*.

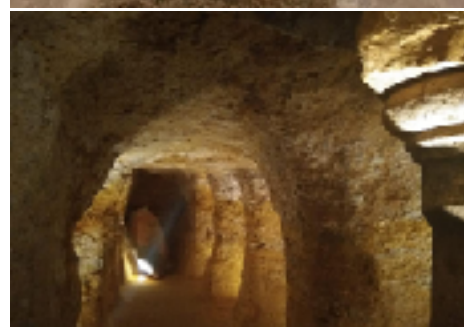


Prólogo

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejanza. Y, así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1605), «Prólogo» *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

No se conocen los motivos exactos de la estancia y prisión de Cervantes en Argamasilla de Alba. Los biógrafos reconocen un vacío en los años previos a la aparición de *El Quijote* (entre 1600 y 1603). El caso es que durante su estancia en este pueblo, Cervantes este fue conducido a un sótano propiedad de la familia Medrano, llamado por ello Cueva de Medrano, en la antigua calle Empedrada núm. 7, hoy calle de Cervantes, utilizado como calabozo por la Inquisición, sin que se sepa exactamente la causa. Existen varias teorías. La primera, en venganza por su afán recaudador. Miguel de Cervantes pasó por estas tierras pretendiendo recaudar algunos diezmos del Priorato de la Orden de San Juan, lo cual le habría granjeado la enemistad de los poderosos del lugar. Evidentemente, el oficio de Cervantes no era muy popular. La segunda, porque utilizó el agua del río Guadiana para beneficio de la fábrica de pólvora que existía allí, cuyo uso estaba limitado para agricultores. La tercera, por el escándalo producido por sus requiebros a una joven, **Magdalena de Pacheco Avilés**, familiar de un importante hidalgo de Argamasilla llamado **Rodrigo Pacheco Avilés**, el cual padecía algún tipo de trastorno mental, y cuyo resentimiento le llevó a encarcelar a Cervantes. Por cierto, don Rodrigo, al parecer, tenía una hermana llamada, como no, Aldonza, de que también se dice puedo enamorarse el escritor. De Rodrigo Pacheco existe un cuadro, que hoy se conserva en la iglesia de San Juan Bautista.



En esta prisión estuvo encerrado durante largo tiempo y en una situación tan miserable, que se vio obligado a recurrir la ayuda de un primo suyo, Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan para que mediase para su liberación.

Para ello escribió un documento que decía: «Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, o mejor diré caverna». Lo más importante de todo esto es que, según esas mismas teorías y estudios cervantinos, fue en este lugar, en esta cueva o cárcel, donde se dice que Cervantes comenzó a escribir *Don Quijote* (otras teorías apuntan que fue en la prisión de Sevilla). Aquellos apuntes que había anotado Cervantes durante sus viajes por la Mancha pudo empezar a darse forma en la oscura cueva. Y también pudo ser este el lugar del «que no quiso acordarse» Cervantes, ya que razones para obviar su nombre fueron muchas.

A comienzos del s. XVII la casa pertenecía a la familia Medrano. Ser considerada como la cuna del Quijote suscitó gran interés desde sus primeros tiempos. Prueba de ello es que en 1862 fue adquirida por el Infante Sebastián Gabriel de Borbón, prior de la Orden de San Juan, para fines culturales. Tras su muerte en 1875, pasa a manos de la princesa viuda doña M^a Cristina de Borbón. En 1905, año del III centenario de la primera parte de *El Quijote*, el edificio sufre un incendio que lo reduce a ruinas. Sobre éstas se reconstruye una edificación de una planta. En 1970 la casa pasa a propiedad municipal. En 1990 el edificio es rehabilitado y se inaugura el día 23 de abril de 1994, fecha conmemorativa de la muerte de Cervantes. Entre sus dependencias hay que destacar:

- **Cueva de Cervantes** es un **sótano de dos niveles**, en el primero se encuentra la dependencia que sirvió de prisión.
- **Galería Gregorio Prieto**. Debe su nombre al pintor valdepeñero que se encerró durante dos días en la cueva y allí creó la Fundación que conserva su legado.
- **Auditorio**. El enorme patio del antiguo edificio fue habilitado como un corral de comedia.
- **Oficina de Turismo**.



— Iglesia de San Juan Bautista

Rodrigo Pacheco - Iglesia de San Juan Bautista

La **iglesia de San Juan Bautista** es una obra del siglo XVI (su construcción comenzó en 1542 continuando la obra el maestro cantero Juan de Rigos que no la dejó sin concluir hasta que en el siglo XVII de completa en parte y en el XVIII se remata). En la capilla de la Virgen de la Caridad de Illescas (a la derecha del altar mayor) se encuentra una pintura exvoto de don **Rodrigo Pacheco Avilés** fechada en 1601, cuatro años antes de la aparición de la primera pare de El Quijote, en agradecimiento por haber sido curado de unos fuertes dolores de cabeza. En ella aparecen como orantes una dama y un caballero con ojos espantadizos y largos bigotes, **Rodrigo Pacheco** y **Magdalena de Pacheco**. El cuadro tiene una leyenda que dice:

«Apareció nuestra Señora a este caballero estando malo de una enfermedad gravísima desamparado de los médicos víspera de San Mateo año 1601, encomendándose a esta Señora y prometiéndole una lámpara de plata, llamándola día y noche de un gran dolor que tenía en el cerebro de una gran frialdad que se le cuajo dentro».

Recordemos lo que Cervantes decía de Don Quijote

«Del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio».

Según la creencia popular, Cervantes piroteó a una dama de la localidad a la salida de la Iglesia; motivo por el cual, ofendidos los alcaldes y regidores decidieron, y porque en esas fechas no había cárcel pública en la villa, encerrarlo en la casa o cueva del regidor Medrano, lugar y momento en el que empezaría a escribir su obra¹⁹.

La composición del cuadro exvoto tiene similitud con las composiciones grequianas; pues además de situar a la Virgen de la Caridad suspendida en una nube, bajo un dosel, rodeada de ángeles, la acompañan dos personajes testamentarios. Pero mientras hay investigadores que argumentan que uno sería San Mateo, por haber sido en vísperas del día que la Iglesia celebra su santidad el milagro, siendo la otra figura San José, abogado de la buena muerte, y otros opinan que el situado a la derecha de la imagen es Simeón (San Simeón de Jerusalén), y el colocado a la izquierda: "más que san José,



¹⁹ SERRANO DE MENCHÉN, Pilar (2021), *La dama del cuadro exvoto de don Rodrigo Pacheco*, Ediciones C&G.

acaso sea un joven profeta, quizá Isaías"²⁰. Debajo de ellos aparecen los retratos de los dos orantes. El atuendo también es significativo: "Esos grandes cuellos de encaje son propios del reinado de Felipe III [...]. Esta sería la manera de los retratos regios de Juan Pantoja de la Cruz o de Bartolomé González Serrano, más que el propio Doménico Greco".

Esta posible fuente de inspiración para crear la figura de Don Quijote entra en polémica con otra defendida en **Esquivias**, pueblo de **doña Catalina de Salazar**, esposa de Cervantes. Javier Escudero²¹, afirma que Cervantes se basó en un hidalgo de Esquivias: **Alonso Manuel de Ludeña**, natural de Quintanar y vivió en Esquivias entre 1594 y 1607.

Relación con Cervantes

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo¹, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de «Quijada», o «Quesada», que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba «Quijana». Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA, «Cap.I Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha», *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.



²⁰ VVAA (2005) *El mundo que vivió Cervantes*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.

²¹ ESCUDERO BUENDÍA, Francisco Javier (2022) *Las otras vidas de don Quijote*, SINEQUANON.

— Botica de los académicos

Botica de los académicos

La primera parte de El Quijote concluye con una serie de sonetos y epitafios. Cervantes concibe una academia con la que tal vez quiso burlarse de estas instituciones tan en boga en la época, como se deduce, entre otras cosas, de los nombres burlescos que el autor dio a sus integrantes: Monicongo, Paniaguado, Caprichoso, Burlador, Cachidiablo y Tiquitoc. En este lugar, los académicos de Argamasilla celebraban sus veladas cervantinas. Fue precisamente aquí donde se reunieron con José Martínez Ruiz, Azorín, cuando, con motivo del tercer centenario del Quijote, en 1905, éste visitó la villa.

Los académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroso don Quijote de la Mancha, «hoc scripserunt»

EL MONICONGO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, A LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio

El calvatuerno que adornó a la Mancha
de más despojos que Jasón de Creta,
el juicio que tuvo la veleta
aguda donde fuera mejor ancha;
el brazo que su fuerza tanto ensancha,
que llegó del Catay hasta Gaeta;
la musa más horrenda y más discreta
que grabó versos en bronceína plancha;
el que a cola dejó los Amadises
y en muy poquito a Galaos tuvo,
estribando en su amor y bizarría;
el que hizo callar los Belianises,
aquel que en Rocinante errando anduvo,
yace debajo desta losa fría.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, «IN LAudem DULCINEAE DEL TOBOSO»

Soneto

Esta que veis de rostro amondongado,
alta de pechos y ademán brioso,
es Dulcinea, reina del Toboso,
de quien fue el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
de la gran Sierra Negra y el famoso
campo de Montiel, hasta el herboso
llano de Aranjuez, a pie y cansado
(culpa de Rocinante). ¡Oh dura estrella!,
que esta manchega dama y este invito
andante caballero, en tiernos años,
ella dejó, muriendo, de ser bella,
y él, aunque queda en mármores escrito,
no pudo huir de amor, iras y engaños.



Botica de los Académicos

Este lugar fue donde los académicos de la Argamasilla se reunieron con José Martínez Ruiz, Azorín, cuando en 1905, con motivo del tercer centenario del Quijote, este visitó la villa.

Azorín vino con el encargo de escribir una serie de artículos para *El Imparcial*. Se instala en Argamasilla, desde donde visita Lagunas de Ruidera, El Toboso, Campo de Criptana, Alcázar de San Juan... De sus crónicas nace el libro *La Ruta de don Quijote*, donde tiene la convicción de que este es la patria chica de don Quijote.

Cervantes concibe una academia con la que quiso burlarse de estas instituciones tan en boga en la época, como se deduce, entre otras cosas, de los nombres burlescos que el autor dio a sus integrantes: Monicongo, Paniaguado, Caprichoso, Burlador, Cachidiablo y Tiquitoc.

Los Académicos de la Argamasilla siguen existiendo como asociación cultural dedicada al estudio de la obra cervantina. Entre las actividades que organizan cabe resaltar los denominados Juicios Críticos Literarios, simulacros de procesos judiciales por los que, en tono jocoso, se juzga a relevantes personalidades del mundo de la cultura, a los cuales se llega a condenar.

DEL CAPRICHO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

En el soberbio tronoL diamantino
que con sangrientas plantas huella Marte,
frenético el Manchego su estandarte
tremola con esfuerzo peregrino,

cuelga las armas y el acero fino
con que destroza, asuela, raja y parte...
¡Nuevas proezas!, pero inventa el arte
un nuevo estilo al nuevo paladino.

Y si de su Amadís se precia Gaula,
por cuyos bravos descendientes Grecia
triunfó mil veces y su fama ensancha,

hoy a Quijote le corona el aula
do Belona preside, y dél se precia,
más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido mancha,
pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
excede a Brilladoro y a Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESICO, A SANCHO PANZA

Soneto

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
pero grande en valor, ¡milagro extraño!,
escudero el más simple y sin engaño
que tuvo el mundo, os juro y certifico.

De ser conde no estuvo en un tantico,
si no se conjuraran en su daño
insolencias y agravios del tacaño
siglo, que aun no perdonan a un borrico.

Sobre él anduvo (con perdón se miente)
este manso escudero, tras el manso
caballo Rocinante y tras su dueño.

¡Oh vanas esperanzas de la gente,
cómo pasáis con prometer descanso
y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!



**DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA
ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON
QUIJOTE**

Epitafio

Aquí yace el caballero
bien molido y malandante
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
yace también junto a él,
escudero el más fiel
que vio el trato de escudero.

**DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA
ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA
DEL TOBOSO**

Epitafio
Reposa aquí Dulcinea,
y, aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fue llama
y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer; los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron a un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho, a costa de muchas vigiliyas y mucho trabajo, y que tiene intención de sacallos a luz, con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

Forse altro canterà con miglior plectro,
FINIS

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA, «Cap. LII De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor», *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

— Monumento Quijote de Avellaneda

Relación con *El Quijote*

En 1614, se publicó el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, más conocido como *El Quijote de Avellaneda* por un autor desconocido con el pseudónimo de **Alonso Fernández de Avellaneda**. La obra comienza directamente desvelando el secreto del nombre del pueblo: Argamasilla de Alba:

«Al Alcalde, Regidores, y hidalgos, de la noble villa de Argamasilla, patria feliz del hidalgo caballero don Quijote, lustre de los profesores de la caballería andantesca Antigua es la costumbre de dirigirse los libros de las excelencias y hazañas de algún hombre famoso a las patrias ilustres, que como madres los criaron y sacaron a luz, y aun competir mil ciudades sobre cuál lo había de ser de un buen ingenio y grave personaje. Y como lo sea tanto el hidalgo caballero don Quijote de la Mancha (tan conocido en el mundo por sus inauditas proezas), justo es para que lo sea también esa venturosa villa que vuestas mercedes rigen, patria suya y de su fidelísimo escudero Sancho Panza, dirigirles esta segunda parte, que relata las vitorias del uno y buenos servicios del otro, no menos envidiados que verdaderos.

Reciban, pues, vuestas mercedes bajo de su manchega protección el libro y el celo de quien contra mil detracciones le ha trabajado, pues lo merece por él y por el peligro a que su autor se ha puesto, poniéndole en la plaza del vulgo, que es decir en los cuernos de un toro indómito, etc».

Como respuesta, en 1615 Cervantes publicó la segunda parte oficial del Quijote, titulada *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. En esta segunda parte, Cervantes denuncia la obra de Avellaneda como falsa y corrige muchos de los datos sobre la vida de Don Quijote que allí se presentan. Curiosamente ni afirma ni desmiente que Argamasilla de Alba sea el pueblo de Don Quijote, y finaliza la obra dejando el misterio abierto de manera expresa:

«Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero».

SEGUNDO
TOMO DEL
INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,
que contiene su segunda salida: y es la
quinta parte de sus aventuras.
Compuesta por el licenciado Alonso Fernández de
Avellaneda, natural de la Villa de
Tordesillas.
Al Alcalde Regidores, y Hidalgos, de la noble
villa de Argamasilla, patria feliz del hidalgo
caballero Don Quijote
de la Mancha.



Alonso Fernández de Avellaneda

No se ha encontrado ningún Alonso Fernández de Avellaneda, aunque hubo un tal Alonso Fernández de Zapata cura de Avellaneda (Ávila) entre 1597 y 1616. Todos los cervantistas están conformes en que se trata de un seudónimo, por lo que se han propuesto diversas teorías: Pedro Liñán de Riza (quien, habiendo fallecido, habría visto terminada su obra por sus amigos Baltasar Elisio de Medinilla y Lope de Vega), Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola, Jerónimo de Pasamonte y Cristóbal Suárez de Figueroa.

Esta falta de desmentido oficial por parte de Cervantes consolidó a Argamasilla de Alba como principal candidato a aldea de Don Quijote. En 1906, para conmemorar el tercer centenario de la publicación del Quijote, el diario *El Imparcial* encargó a Azorín que realizase un viaje real siguiendo los pasos de Don Quijote. Como resultado escribió un libro titulado *La Ruta de Don Quijote*, comenzando el viaje en Argamasilla de Alba, dando por descontado que ese es el pueblo del Quijote.

«Oídllo bien; no lo olvidéis jamás: el pueblo entero de Argamasilla es lo que se llama un pueblo andante. Y yo os lo voy a explicar: ¿Cuándo vivió don Alonso? ¿No fue por estos mismos años que hemos expresado anteriormente? Cervantes escribía con lentitud; su imaginación era tarda en elaborar; salió a luz la obra en 1605; mas ya entonces el buen caballero retratado en sus paginas había fenecido, y ya desde luego hemos de suponer que el autor debió de comenzar a planear su libro mucho después de acontecer esta muerte deplorable, es decir, que podemos sin temor afirmar que don Alonso vivió a mediados del siglo XVI, acaso en 1560, tal vez en 1570, es posible que en 1575. (...)»

Y ante todo, ¿quién la ha fundado? La fundó don Diego de Toledo, prior de San Juan; el paraje en que se estableciera el pueblo se llamaba Argamasilla; el fundador era de la casa de Alba. Y de ahí el nombre de Argamasilla de Alba. (...)

Pero el pueblo —y aquí entramos en otra etapa de su psicología—; el pueblo primitivamente se hallaba establecido en el lugar llamado la Moraleja; ocurría esto en 1555. Mas una epidemia sobreviene; la población se dispersa; reina un momento de pavor y de incertidumbre, y como en un tropel, los moradores corren hacia el cerro llamado de Boñigal y allí van formando nuevamente el poblado. Y otra vez, al cabo de pocos años, cae sobre el flamante caserío otra epidemia, y de nuevo, atemorizados, enardecidos, exasperados, los habitantes huyen, corren, se dispersan y se van reuniendo, al fin, en el paraje que lleva el nombre de Argamasilla, y aquí fundan otra ciudad, que es la que ha llegado hasta nuestros días y es en la que ha nacido el gran manchego».



José Martínez Ruiz, Azorín
(Monóvar, 8 de junio de 1873 - Madrid, 2 de marzo de 1967),

Relación con *El Quijote*

A pesar de la popularidad de **Argamasilla de Alba** como «el lugar de la Mancha», existen múltiples teorías que plantean otros candidatos. Cuando Cervantes hace referencia al pueblo de Don Quijote, lo identifica como «lugar» o «aldea» y nunca como «villa», «gran pueblo» o «ciudad». La denominación de «aldea» se repite decenas de veces a lo largo de la novela.

«Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como fuera Don Quijote cuando de su aldea vino».

«Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea».

«Don Quijote, el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea».

«si no volviere, puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás a la incomparable señora mía Dulcinea».

«y no durará más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo a mi aldea; que allí le podré dar más de trescientos libros».

«dieron orden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con don Quijote a su aldea, con la invención de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevarsele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra».

«Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió Sancho—, y volvamos a mi aldea».

«y a cabo de seis días llegaron a la aldea de don Quijote».

«Fue de castiza ralea, y tuvo asomos de dama; del gran Quijote fue llama, y fue gloria de su aldea».

«¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, a quien le falte un rocín, y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea?».

En comparación, a **El Toboso** se le denomina «aldea» en varias ocasiones, pero también se le califica de «Gran Ciudad del Toboso».

«Prometióselo don Quijote, dio Sansón la vuelta a



su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso». (Cap. VII - De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos de la segunda parte).

Esto indica que el pueblo de Don Quijote debería tener pocos habitantes y que sería una población pequeña en comparación con el Toboso, que en esa época contaba con unos 900 vecinos.

En la novela se nos muestra al cura y al barbero como las máximas autoridades del pueblo, encargadas de resolver los problemas derivados de la locura de Don Quijote. Así mismo se presenta al bachiller Sansón Carrasco como una de las personas más cultas e inteligentes del pueblo. Una situación típica de cualquier pueblo relativamente pequeño, con unos pocos clérigos, pocos funcionarios del estado y sin infraestructuras relevantes.

Por su parte, el **Alcázar de San Juan** era la capital del Priorato de San Juan. En 1530 contaba con 18.480 habitantes y vivían en ella muchos hombres ricos y cortesanos. En 1532, se creó el convento de San Francisco de Asís. En este convento se fundó la que fue la Universidad de Alcázar, con las cátedras de medicina, teología, historia sagrada y filosofía. En este mismo siglo se creó en Alcázar la fábrica real de pólvora, la más importante del reino y que llegó a emplear hasta 500 hombres. El Alcázar de San Juan estaba gobernado por un caballero de la Orden de San Juan, con el título de Gobernador y Justicia Mayor. El Alcázar de San Juan es demasiado grande e importante para ser considerado un candidato válido a pueblo del Quijote

¿Lugar o Villa?

Antiguamente en Castilla, a los pueblos pequeños se les llamaba «lugares». Cuando un Lugar adquiría suficiente relevancia se le concedía el título de Villa, lo que llevaba asociado una serie de privilegios como organizar mercados o celebrar juicios. Los pueblos con el título de Villa se identificaban erigiendo una columna especial en la plaza del pueblo llamada Picota. En la primera y mítica frase del libro, Cervantes indica que el pueblo de Don Quijote es un Lugar.

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua,



rocín flaco y galgo corredor» (Cap. I - Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo I don Quijote de la Mancha, primera parte).

Pero, en la Segunda Parte, la mujer de Sancho escribe una carta indicando que el pueblo de Don Quijote es una Villa con picota, y no un lugar.

«la fuente del pueblo se ha secado y un rayo ha caído en la picota» (Cap. LII - Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez, segunda parte).

Esta aparente contradicción podría explicarse asumiendo que Cervantes creía realmente que el pueblo del Quijote era un lugar sin picota cuando escribió la primera parte de la novela. Pero tras la popularidad que adquirió su obra debió tener constancia que el pueblo que había elegido para Don Quijote era en realidad una Villa. En la segunda parte del Quijote trató de corregir el error pero de forma muy sutil, para no tener que modificar su mítica primera frase. Por un lado hizo aparecer una referencia a la «picota» de la plaza del pueblo, mientras que por otro, en el último párrafo del libro dejó por escrito que el pueblo de Don Quijote podría ser un lugar o una villa:

«Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí» (Cap. LXXVIII - De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte, segunda parte)

Como conclusión podemos asumir que el pueblo de Don Quijote es una Villa con picota, pero lo suficientemente pequeño como para poder ser confundido con un Lugar sin picota. Esta situación descarta aquellas aldeas que no tengan el título de Villa y a todas las poblaciones tan grandes que no puedan ser confundidas con un lugar sin picota. Si aceptamos como razonable esta confusión de Cervantes, debemos descartar también todas las poblaciones que en su propio nombre indiquen que se trata de villas y que por lo tanto no hay opción a confusión, como Villanueva de Alcardete, Villafranca de los Caballeros, Villacañas o Villamayor de Santiago. Por su parte, la Villa de Don Fadrique es un caso especial, ya que cambió de nombre recientemente y en tiempos de Cervantes se llamaba la Puebla de Don Fadrique.

— La casa del bachiller Sansón Carrasco

Relación con El Quijote

La casa del bachiller Sansón Carrasco

Otro edificio significativo es la casa del Bachiller Sansón Carrasco, donde la tradición popular sitúa la residencia de **don Alonso López**, en quien estaría inspirado el **Caballero de los Espejos**.

El hijo de Bartolomé Carrasco era paisano de don Quijote, había estudiado en Salamanca y acababa de recibirse de bachiller y volver a la aldea cuando comienza la acción de 1615. Sancho sale a darle la bienvenida y se desayuna con la despampanante noticia que le espeta el bachiller Sansón: las aventuras corridas por don Quijote y Sancho han sido objeto de una historia que anda impresa y que Sansón ha leído, compuesta por un sabio encantador llamado Cide Hamete Berenjena, como cree recordar Sancho. Con esta noticia, el bachiller Sansón Carrasco ha puesto la primera piedra en la edificación del mito de don Quijote.

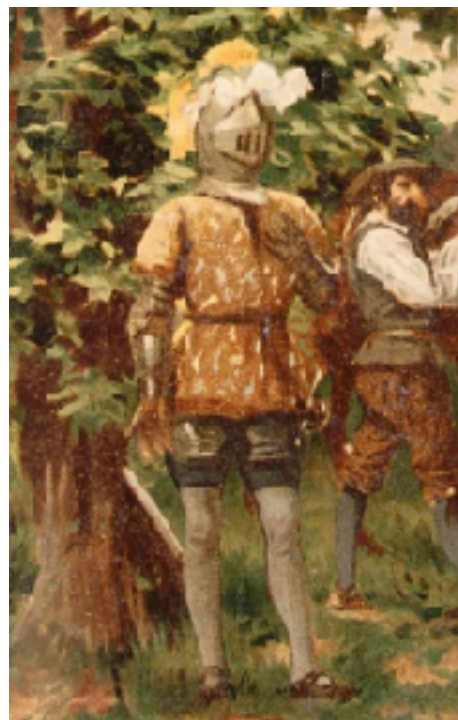
—Aún la cola falta por desollar —dijo Sancho—: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espanto cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho —dijo don Quijote—, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—¡Y cómo —dijo Sancho— si era sabio y encantador, pues, según dice el bachiller Sansón Carrasco, que así se llama el que dicho tengo, que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena!

—Ese nombre es de moro —respondió don Quijote.

—Así será —respondió Sancho—, porque por la mayor parte he oído decir que los moros son



Sansón Carrasco

Alias el Caballero de los espejos, el Caballero del bosque, el Caballero de la blanca luna o El bachiller.

El bachiller Sansón Carrasco

Hace su aparición en la segunda parte del libro (1615), en donde resulta fundamental.

Es amigo de Don Quijote, pero se enfrenta a él para hacerle volver en sus cabales. La primera vez que el bachiller se enfrenta a Don Quijote se le refiere tanto con el nombre de «Caballero de los Espejos» como con el de «Caballero del Bosque», incluso «Caballero de la Selva». En esta ocasión es derrotado y su móvil para vencer a Don Quijote pasa a ser el de la venganza.

El segundo enfrentamiento tiene lugar en una playa de Barcelona, donde Sansón Carrasco se hace llamar «El Caballero de la Blanca Luna». Esta vez consigue la victoria y obliga a Don Quijote a retirarse.

amigos de berenjenas.

—Tú debes, Sancho —dijo don Quijote—, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en árabe quiere decir 'señor'.

—Bien podría ser —replicó Sancho—; mas si vuestra merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo —dijo don Quijote—, que me tiene suspenso lo que me has dicho y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él —respondió Sancho.

Y, dejando a su señor, se fue a buscar al bachiller, con el cual volvió de allí a poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. II - Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.



Texto 7

Capítulo XV - Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballerescas palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, a darle razón de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba don Quijote y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia que cuando el bachiller Sansón Carrasco aconsejó a don Quijote que volviese a proseguir sus dejadas caballerías, fue por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir a don Quijote a que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió, por voto común de todos y parecer particular de Carrasco, que dejaran salir a don Quijote, pues el detenerle parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como caballero andante y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase a merced del vencedor, y así vencido don Quijote, le había de mandar el bachiller caballero se volviese a su pueblo y casa y no saliese della en dos años o

hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo cual era claro que don Quijote vencido cumpliría indubitavelmente, por no contravenir y faltar a las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades o se diese lugar de buscar a su locura algún conveniente remedio.

Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sansón como queda referido y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y, así, siguieron el mismo viaje que llevaba don Quijote y llegaron casi a hallarse en la aventura del carro de la Muerte, y, finalmente, dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se dio a entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vio cuán mal había logrado sus deseos y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller:

—Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo; vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es más loco, el que lo es por no poder menos o el que lo es por su voluntad.

A lo que respondió Sansón:

—La diferencia que hay entre esos dos locos es que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

—Pues así es —dijo Tomé Cecial—, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme a mi casa.

—Eso os cumple —respondió Sansón—, porque pensar que yo he de volver a la mía hasta haber molido a palos a don Quijote es pensar en lo escusado; y no me llevará ahora a buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.

En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron a un pueblo donde fue ventura hallar un algebrista, con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza, y la historia vuelve a hablar dél a su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. XV - Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

— Pósito La Tercia

Los pósitos son una institución fundada en la Baja Edad Media. Su principal actividad era la subvención del pan en años de carestía con el objetivo de garantizar su precio, así como el panadeo entre caminantes y pobres. A estas funciones se suma, a partir del s. XVII, la de préstamo de trigo o dinero entre los agricultores. Su máximo esplendor se produce a lo largo del s. XVIII, produciéndose su total desaparición a finales del s. XX.



Los pósitos podían tener un origen público o privado. Este en el que nos encontramos, conocido como Pósito de la Tercia, es de origen privado. Al parecer, fue creado por doña Ana de Mondéjar, vecina de la localidad, con una dotación de 800 fanegas.

Estuvo en uso hasta principios del s. XX y es muy probable que fuera alquilado como pósito municipal, al carecer la villa de edificio propio para ello hasta bien entrado el s. XVIII.

El Pósito de la Tercia es un edificio rectangular realizado en mampostería. Presenta las esquinas reforzadas con sillares de travertino, dos plantas y techumbre con viguería de madera a cuatro aguas. Las jambas de las ventanas y de las puertas están realizadas en sillares igualmente de travertino.

En la planta inferior presenta dos estancias rectangulares cubiertas con bóveda de aristas y en la superior un único espacio diáfano.

El suelo original era de barro cocido y las paredes se encontraban encaladas.

Por ley, inicialmente el edificio estaba exento; ningún otro edificio podía estar adosado a él. Esto era así para facilitar su ventilación, evitar el riesgo de incendio e impedir posibles robos. Asimismo, el edificio se encuentra en alto por la necesidad de aislarlo frente a la humedad del subsuelo de la zona.

Los trabajos de rehabilitación del Pósito, finalizados en 2011, han permitido documentar la existencia de varios conjuntos de grafitis en las paredes del edificio, ocultos bajo las sucesivas capas de cal y realizados con las técnicas del grabado y pintura. Su temática es variada, con presencia de elementos cruciformes, epigráficos, antropomorfos, zoomorfos, geométricos..., así como elementos de conteo. Entre los grafitis documentados, destaca por su interés, el conjunto de cruciformes formado por cruces potenziadas. En general, a este tipo de representaciones se le atribuye una funcionalidad mágico-religiosa, que en este caso puede estar asociada a un intento de proteger el grano guardado en su interior.

En la sala izquierda de la planta baja podremos contemplar la reproducción de algunos de estos grafitis, así como varios paneles gráficos explicativos sobre la historia y funciones de los pósitos.

También en la planta baja, en la sala de la derecha, se nos presentan diversos paneles y elementos explicativos de la tradición cervantina de Argamasilla de Alba. Entre los que caben destacar una reproducción del cuadro ex voto de don Rodrigo de Pacheco, cuyo original podemos visitar en la iglesia de San Juan Bautista.

También resulta de gran interés la reproducción de la Carta Geográfica de los Viages de Don Quixote y Sitios de sus aventuras, mapa original de 1798 realizado por el dibujante Manuel Antonio Rodríguez según las observaciones históricas de Juan Antonio Pellicer, bibliotecario del rey y miembro de la Real Academia de la Historia. Este mapa ilustra la edición del Quijote de Gabriel de Sancha (1797-1798). Y en él, Pellicer señala las tres salidas que hizo el ingenioso hidalgo. Todas ellas parten inequívocamente de Argamasilla de Alba, «patria de Don Quixote», tal como consta textualmente en la leyenda del mapa.

Por último, la planta alta del edificio está íntegramente dedicada a sala de exposiciones, y contiene una muestra permanente de los certámenes de artes plásticas convocados entre 1997 y 2007 por la Asociación de los Académicos de la Argamasilla. Se trata de una interesante colección de obras mayoritariamente pictóricas con la firma de reconocidos artistas.

— Estatuas Cayetano Hilario

Conocida popularmente como la Glorieta, la Plaza de España está situada entre el ayuntamiento y la iglesia de San Juan Bautista, ofreciendo su sombra al visitante en el caluroso verano manchego. En sus jardines pueden observarse tres figuras del artista argamasillero Cayetano Hilario (1916–1997), que representan otros tantos personajes del Quijote: Dulcinea, Sancho Panza y el propio Don Quijote.

Al otro lado de la calle, también puede contemplarse la figura de un segador de alfalfa, oficio tradicional muy común en otro tiempo, hoy desaparecido a manos de la mecanización.

A la izquierda de la plaza, según se mira en dirección a la iglesia, una placa colocada sobre la farmacia nos recuerda el lugar en el que se encontraba la Fonda de la Xantipa, en la cual se hospedó Azorín durante su estancia en Argamasilla.



Punto 3 – Campo de CRIPTANA



El paisaje de CRIPTANA nos ofrece un rico contraste entre la elevación donde se sitúa el pueblo y la marcada horizontalidad de la llanura manchega que lo rodea, surcada por el río Záncara, causante de los importantes complejos lagunares de la zona. Es la capital del Campo del mismo nombre, la actual población es la resultante de la unión de otras tres más pequeñas: CRIPTANA, el Campo y Villajos. El núcleo urbano más antiguo estaba situado donde hoy se encuentra el santuario del Cristo de Villajos; de allí se trasladaron sus habitantes hacia el castillo de Chitrana, lugar donde hoy se alza otro santuario, el de Nuestra Señora de CRIPTANA.

Por los muchos restos encontrados en sus alrededores existen asentamientos del calcolítico, la Edad de Bronce y del Hierro, así como de época romana. Al igual que muchos pueblos de la Mancha, fue durante muchos siglos dominio musulmán hasta que en 1212 pasó a mano de la Orden de Santiago.

Sin duda, el mayor atractivo de CRIPTANA son sus **molinos**, situados en la sierra de la Paz; en la actualidad se conservan diez, en 1752 en el estudio del Marqués de la Ensenada se censaron treinta y estuvieron funcionando hasta los años 50 del siglo XX. Tres de ellos han sido declarados BIC por su antigüedad, datan del siglo XVI y conservan sus mecanismos originales que ponen en marcha todos los sábados.

El **Burleta** data de 1555, tiene 6 m de diámetro y 12 ventanillos orientados según los doce aires, el **Infante** es de 1500 y el **Sardinero**. Estos tres molinos son de propiedad municipal, los otros siete fueron construidos a partir de 1900: el **Culebro** alberga el *museo de Sara Montiel*, el **Quimera** está dedicado al poeta Vicente Huidobro, el **Garcilaso** alberga contenidos temáticos relacionados con la labranza, el **Cariari** con el cine, el **Lagarto** con la poesía y el **Pilón** con el vino.



Los principales monumentos y restos de interés de CRIPTANA son el **Pósito**, del siglo XVI, ampliado en el reinado de Carlos III, que fue sede de un banco agrícola que bajo el control del Ayuntamiento prestaba grano a los agricultores en época de carestía como adelanto de la próxima cosecha. Cuenta en su portada con el escudo imperial de Carlos I y otros dos con la Cruz de



Iglesia del convento del Carmen.



Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción.



La casa de La Tercia.



Casa del Conde de Cabezuelas.

Santiago; en la actualidad en él se encuentra un museo Etnográfico que recoge distintas maquetas relacionadas con los molinos y actividades tradicionales de la zona.

La **iglesia barroca del convento del Carmen**, de finales del siglo XVII, con típica planta jesuítica, conserva una imagen de la Virgen del Carmen cuyo rostro es del círculo de Salzillo, y la **iglesia de Nuestra Señora de la Asunción**, inaugurada en 1958. Se levanta sobre el solar de la construida a lo largo del siglo XVI sobre otra anterior, fue incendiada en agosto de 1936, es de una sola nave con bóveda de cañón y presenta capillas a ambos lados, lo más llamativo de ella es la bóveda vaída del crucero y en el exterior su elevada torre, de estilo ecléctico con dominio del neoclásico; en su interior se conserva una talla de la Virgen de Villajos del siglo XIII.

Paseando por sus calles encontramos algunas construcciones particulares como la **casa de La Tercia** del siglo XVI y relacionada con las recaudaciones que efectuaba la Orden de Santiago; la **casa del Conde de Cabezuelas**, del siglo XVII con escudo heráldico de la familia Baillo en su fachada y una interesante balconada de madera; y del siglo XIX la **casa de Don Miguel**.

Cuenta con algunas **ermitas** de interés: la *de la Vera Cruz*, del Siglo XVI, la *de Santa Ana*, de la misma época y reconstruida en el siglo XIX, la *de Madre de Dios* del siglo XVII y la *ermita de san Cristóbal*. El *santuario del Cristo de Villajos*, situado a 4 km de la población, cuenta con un *Centro de Interpretación*. El *santuario de la Virgen de Criptana* está situado a unos 2 Km sobre un cerro en el que pudo estar el Castillo de Chitrana.

Relación con *El Quijote*

La primera aventura de Sancho Panza como escudero es la mítica lucha de los molinos de viento.

«En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como Don Quijote los vio, dijo a su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o poco más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla».

Más de treinta molinos en un mismo pueblo es una cantidad desproporcionada. Con unos pocos en cada pueblo es más que suficiente para moler el trigo de los habitantes de la zona. Sin embargo, existe un lugar en la Mancha con esa cantidad de molinos: el Campo de CRIPTANA, que además se encuentra a 17 kms del Toboso. En el Catastro de Ensenada, realizado en 1752 por orden del Marqués de la Ensenada, Ministro de Fernando VI, se confirma el número de molinos del Campo de CRIPTANA:

«Se hallan situados treinta y cuatro molinos harineros andantes, y de viento, y uno de Agua».

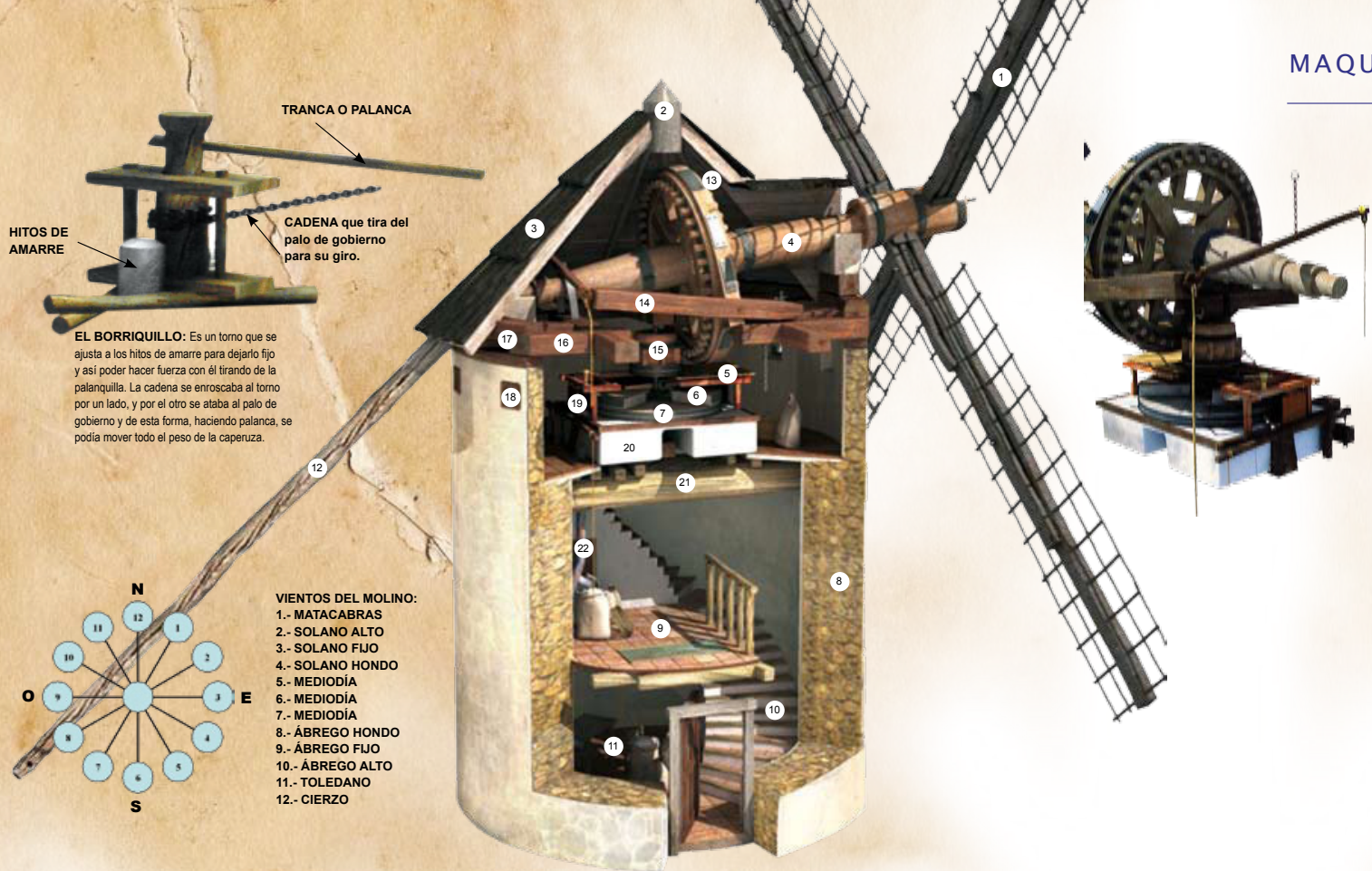
Consuegra es el segundo pueblo de la Mancha con más molinos, pero nunca ha tenido más de 12. Según el relato, en su segunda aventura salieron de su pueblo de noche y al amanecer se encontraron los molinos. Lo que indica que su pueblo se encuentra a menos de una jornada de viaje al Campo de CRIPTANA.

«Una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque les buscasen. (...) Acertó Don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había antes tomado en su primer viaje, que fue por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. (...) En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo».

Tras el encuentro con los molinos, Don Quijote decide ir a Puerto Lápice y tardan una jornada en llegar. Puerto Lápice se encuentra a 30 kms de Campo de CRIPTANA.

«Y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero (...) En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, (...) Tornaron a su comenzado camino del puerto Lápice, y a hora de las tres del día le descubrieron».





MAQUINARÍA

1 ASPAS

Estaban enfrentadas al viento. Iban cubiertas por unos **lienços** o **lonas** para recoger la energía de éste. La ligera torsión que tienen se traduce en un mayor aprovechamiento del viento. Tienen una longitud aproximada de 7,90 m. cada una.

2 FRAILE

Pieza de madera de álamo que ejerce de eje de la caperuza.

3 CUBIERTA CÓNICA GIRATORIA

4 EJE

Por medio de este tronco de madra se transmite el movimiento de las aspas al mecanismo de molino.

5 TOVA

6 PIEDRA VOLANtera O giratoria

7 PIEDRA SOLERA O fija

8 MURO de mampostería

9 CAMERETA

Habitación intermedia, donde se cernía la haria.

10 ESCALERA DE CARACOL

11 CUADRA

Habitación inferior, donde se almacenaban los sacos.

12 PALO DE GOBIERNO

Es un tronco de pino o álamo nero que gira la caperuza y orienta las aspas hacia la dirección del viento dominante. Mide 16 mts. de longitud.

13 RUEDA CATALINA

Gira con el eje del molino, en el que está integrada. Engrana con la linterna mediante 40 dientes de madera, los cuáles se desgastan con el uso y son fácilmente desmontables. El movimiento vertical de las aspas se transforma así en el horizontal de las muelas.

14 FRENO

Accionándolo se frenaba la rueda catalina.

15 LINTERNA

Transmite la fuerza desde la rueda catalina a la piedra volandera a través de los engranajes de la primera y sus propios husillos.

16 LAS MADRES

Son 4 vigas, 9 panecillos y 8 pieza semicurvas situadas encima de 4 vigas. El conjunto forma la base del cono giratorio.

17 EL ANILLO

Es la zona de contacto entre la parte fija de la estructura del molino y la parte giratoria.

18 VENTANILLOS

Son 12 y se disponían en función de cada viento.

19 GUARDAPOLVOS

Es una funda que impide que la harina se desparrame.

20 BANCADA

Sostiene las muelas y la tolva.

21 MARRANOS

Son dos vigas grandes que sostienen el peso de las muelas.

22 CANALÓN

Por él bajaba la harina hasta el saco donde se recogía.

Texto 8

Capítulo VIII - Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginable aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

—¡Válame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero²⁰; sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre «Machuca», y así él como sus decendientes se llamaron desde aquel día en adelante «Vargas y Machuca». Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios —dijo Sancho—. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna²³, aunque se le salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de

su espacio, y de cuando en cuando empinabaV la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dio un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron. (...)

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA, «Cap. VIII Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación», *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Punto 4 – El Toboso, el lugar de la Mancha del que Cervantes sí quiso acordarse



Población emblemática del universo cervantino. En su término municipal se han encontrado evidencia de pobladores desde la Edad del Bronce, se localizó un importante yacimiento llamado Zanja de la Motta, también existen vestigios de la época celtibérica. Los datos más antiguos que nos han llegado son los que dan cuenta de una fortificación realizada por la Orden de Santiago para proteger el viejo camino de Toledo a Murcia, en 1338 y 1353 forma parte del Común de la Mancha según consta en los documentos. El siglo XVI es la época de mayor pujanza y de mayor repoblación.

El Toboso, es sin lugar a dudas uno de los lugares más conocidos en el mundo gracias a El Quijote. Y lo es, porque si bien Cervantes, esconde deliberadamente el nombre de la cuna de don Quijote, para la de Dulcinea, hace totalmente lo contrario, nombrando a El Toboso en numerosas ocasiones en la obra, y lo que es más importante, nos lo deja como referencia geográfica significativa para poder situar el lugar de don Quijote. Cervantes lo menciona en el *Quijote* 165 veces, 287 nombra a Dulcinea y 130 a Dulcinea de El Toboso. Destacamos su protagonismo en los capítulos 8, 9 y 10 de la segunda parte de *El Quijote*. Todo visitante puede adentrarse en el pueblo guiado de la mano de Cervantes, siguiendo el capítulo 9 de la segunda parte de la obra.

Cervantes nos describe cómo don Quijote, antes de comenzar sus aventuras, prepara sus armas, pasa cuatro días en poner nombre a su caballo y otros ocho en encontrar uno para él, busca el de su dama, como cualquier caballero andante, y lo encuentra en Aldonza Lorenzo, de un lugar "cerca del suyo":



Imagen de la antigua plaza de Prim, con el convento de trinitarias al fondo, hacia 1900

Texto 9

Capítulo I - Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

—Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante»?

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado (aunque según se entiende, ella jamás lo supo, ni le dio cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase, y se encaminase al de Princesa, y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso; nombre a su parecer músico, y peregrino, y significativo, como todos los demás que a él, y a sus cosas había puesto.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. I - De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Don Quijote, de la misma forma que ha bautizado a su caballo y a sí mismo, bautiza a Aldonza y la convierte en Dulcinea, cuyo significado viene a ser el de dulzura. A partir de este momento, su señora será el destino de su idealismo y de sus aventuras, no dudando en pedir a aquellos con los que se cruza en su camino su encomienda de contarle a ella sus hazañas, oero la sin par Dulcinea, la dama no aparece físicamente en el libro y todo lo que acontece de ella forma parte de la imaginación de don Quijote. Todo lo que sabemos es la imagen que ha forjado en su delirante pensamiento: *“Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le iguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y*

para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad”.

En la Primera Parte de la Obra, Dulcinea es la dama imaginada por el caballero, la sin par y hermosa señora, aunque cuando Sancho se dirige a El Toboso a entregarle la carta escrita por don Quijote, este la describe como una mujer fea *“con un olorcillo algo hombruno, y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa”.*

Incluso en la aventura de la cueva de Montesinos, don Quijote ya no la contempla como la alta y soberana señora de sus pensamientos, sino que describe a Dulcinea de una manera mucho más acorde con el linaje al que pertenece, aunque, eso sí, responsabiliza de ello a los encantadores que confunden su mente: *“—Y, así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y, así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de ahechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales, y para prueba desta verdad quiero decir a vuestras magnitudes cómo viniendo poco ha por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro día, habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, a mí me pareció una labradora tosca y fea, y nonada bien razonada, siendo la discreción del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado”.*

Pese a todo, don Quijote no renunciará a la idea de su amada. Tras ser vencido por el Caballero de la Blanca Luna, no renuncia a su ideal amoroso, y mantiene que: *“Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad”.*

Cuando don Quijote encarga a Sancho llevar una carta a Dulcinea y le dice de quien es hija, Sancho conoce perfectamente tanto al padre como a ella, por lo que la cercanía de sus lugares queda nuevamente definida por Cervantes:

Texto 10

Capítulo XIII - Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos

—La libranza irá en el mismo librito firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplirla. Y en lo que toca a la carta de amores, pondrás por firma: «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura». Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin estenderse a más que a un honesto mirar. Y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbré destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales, la han criado.

—¡Ta, ta! —dijo Sancho—. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

—Esa es —dijo don Quijote—, y es la que merece ser señora de todo el universo.

—Bien la conozco —dijo Sancho—, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora! ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y, aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace

mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo. Y querría ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos días que no la veo y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso a vuestra merced una verdad, señor don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar a la señora Aldonza Lorenzo, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced le envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino o trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. VI - De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

— Casa de Dulcinea

Relación con *El Quijote*

Cuenta la tradición que Miguel de Cervantes se inspiró en **Ana Martínez Zarco de Morales**, de la que al parecer estuvo enamorado para crear a Dulcinea o Aldonza Lorenzo. De hecho, el nombre de Dulcinea deriva de Dulce-Ana. Ana era la hermana de don Esteban, familia de hidalgos Martínez Zarco de Morales, propietarios de la «Casa de la Torrecilla», del siglo XVI, y que actualmente ha sido reconvertida en museo.

Y ahora surgen diversas teorías:

- Algo hubo en El Toboso con un Cervantes, y quiere la leyenda que con esta Zarco. Sobre qué fuese lo habido no hay unanimidad — apaleamiento, prisión, revolcón en el fangal de una laguna, broma pesada, premeditada venganza de los toboseños—, tampoco sobre el porqué: resentimiento, hablillas, chiste, insultante maledicencia de un Cervantes alcahalero que estuvo entre 1584 y 1588 en la villa.

En *La patria de Don Quijote*, relata Azorín²² el viaje por tierras manchegas del escritor romántico José Giménez Serrano en el verano de 1848. Haciendo camino, se encuentra con un religioso, que le cuenta leyendas sobre Cervantes, una de las cuales habla de:

«una bárbara y supuesta venganza que en El Toboso se tomaron con un recaudador de contribuciones o alcahalero, llamado Cervantes. Dicho Cervantes no era otro que el autor del Quijote. Habiendo llegado el alcahalero al pueblo, y hallándose durmiendo, por la noche, en el pajar de una casa, le despertaron los mozos, y, medio arrastrando, con una sogá a la cintura, le sacaron por las calles del pueblo. Afortunadamente, llegaron a tiempo los cuadrilleros y libertaron a Cervantes de manos de la chusma. No era otro el propósito de los mozos tobosinos sino el de llevar a Cervantes a una laguna próxima y chapuzarle en sus cenagosas aguas. En El Toboso son peritísimos en esta operación».



²² Azorín (1914), *La patria de don Quijote, Los valores literarios* (1914/, en Obras Completas, tomo I, Ed. Aguilar, Madrid, 1947, p. 1198.

La leyenda recoge el qué, pero no el porqué, aunque se deja adivinar que los toboseños no miraban con buenos ojos las alcábalas que habían de pechar y la tomaron con el alcabaler. Parecida versión, aunque más sintética, ofrece Gregorio Mayans, que añade el irónico desquite del escritor: *«según he oído decir, Miguel de Cervantes fue allá con una comisión, y por ella le capitularon los del Toboso y dieron con él en una cárcel. Y en agradecimiento de esto (que no la hemos de llamar venganza, habiendo resultado en tanta gloria de La Mancha), hizo Cervantes manchegos a su caballero andante y a su dama»*²³.

- Circula también el motivo sentimental: un asunto de faldas —no se sabe si comentario hiriente o pura rivalidad entre dos enamorados de la misma dama—, como explicita la versión que el alcalde Pantoja debió de contarle al periodista José Sánchez Rojas, en 1930²⁴:

«Cervantes tenía parientes en la villa toledana, generosos y ricos: a ellos acudía Miguel en los momentos de apuro y de amargura [...] en El Toboso conoció y amó Cervantes a una linda mancheguita llamada doña Ana Martínez Zarco de Morales [que] habitaba en el callejón de Mejías, junto a la iglesia [...] Pero Miguel era pobre, y el estado de su bolsa no mejoraba nunca. La pícara necesidad [...] le obligó, tal vez, a manchar el noviazgo con alguna mentira. Doña Ana, mujer de sentido práctico, como buena española y como buena manchega, dio oídos al caballero calatravo, vecino del lugar, don Francisco de Pacheco [...] Y ya en relaciones [...] Cervantes trató de estorbar esta inteligencia. Una tradición afirma que Cervantes anduvo a palos y los recibió sin cuenta de los criados y servidores de su adversario. Otra asegura que los contendientes fueron los dos rivales. El hecho es que Miguel, después de la trifulca ruidosa acaecida en el callejón de Mejías, al lado de la casa de la amada, no tornó más al Toboso».

Hay quien asegura que Pacheco, celoso de ver a Cervantes perdidamente enamorado de



²³ MAYANS y SISCAR, Gregorio (1773) ,*Vida de Miguel de Cervantes*. Edición digital, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, párrafo 37.

²⁴ SÁNCHEZ ROJAS, José (1930), «¿Existió Dulcinea?», en *Crónica*. 20 julio 1930. Página disponible en internet.

doña Ana, rondándola día y noche, envió a unos criados a darle un escarmiento. El cronista Juan Leal Atienza²⁵ recoge el testimonio de Martín Fernández de Navarrete, tras consultar en 1805 a Francisco de Paula Marañón, vecino de Alcázar de San Juan, sobre documentos referidos a Cervantes: «*Estando con este motivo [recaudando impuestos] en El Toboso, dijo a una mozuela alguna jocosidad, de que se picaron las partes interesadas, y de resultas le pusieron preso*». Clemencín piensa que fueron los parientes y criados de los Martínez Zarco de Morales quienes tundieron a Cervantes —no está claro el motivo— en el callejón de Mejía y que el escritor se desquitó en su novela ridiculizando a la hidalga doña Ana Zarco representándola en la aldeana Aldonza Lorenzo, hija de Aldonza Nogales (nombre de árbol, las mismas vocales y en la misma posición que el Morales de los Zarco), y de Lorenzo Corchuelo (rústico apellido carente del lustre de los Martínez Zarco de Morales y Villaseñor), caracterizándola como ruda labradora, morisca con toda seguridad, «y con la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda La Mancha».

- Para otros, como Luis Astrana Marín²⁶, Dulcinea es fruto de la imaginación de Cervantes.

Que existió en época cervantina una Ana Martínez Zarco de Morales en El Toboso, es verídico. Que Cervantes tenía parientes en el lugar, también. Que el alcabalero Miguel de Cervantes anduviera por El Toboso y entrara en amores con Ana Martínez Zarco de Morales y fuese rechazado, es posible, verosímil, pero al no estar comprobado queda como conjetura. Que esta dama fuese la inspiradora de Aldonza Lorenzo, y de Dulcinea, puede que sí, puede que no, pero lo más seguro es que quién sabe.

No debemos olvidar que lo que interesa en el caso no es la verdad histórica de los hechos, sino la verdad literaria, la realidad ficticia, la creación de un personaje que es la flor de la virtud y de la belleza, inspiradora del más noble



²⁵ LEAL ATIENZA, Juan (1916), *Fin de una polémica. III centenario de Cervantes*. Establecimiento tipográfico del Hospital Provincial, Ciudad Real, 1916, p. 19.

²⁶ ASTRANA MARÍN, Luis (1948), *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra con mil documentos hasta ahora inéditos y numerosas ilustraciones y grabados de época*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, cap. XC, p. 347.

y esforzado de los caballeros andantes que en el mundo han sido.

La **Casa de Dulcinea** es una casa de labor típicamente manchega del siglo XVI que contiene todos los elementos arquitectónicos que definen la vida cotidiana de una familia de la nobleza rural manchega. La almazara para la molienda de la aceituna y la extracción de aceite. El lagar, con su viga de quince metros en una sola pieza, junto a la que reposa un Clavileño de madera *que evoca a los pegasos, dulces pegasos de Machado*

*Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.*

.....
*Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.
En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.
¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera!*

El palomar, el patio porticado y en el piso de arriba la sala, el vestidor, el despacho de don Esteban con su espada y su crucifijo y la alcoba de doña Ana con su estrado almohadillado y su cama de dosel.



Texto 11

Capítulo VIII - Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso

«¡Bendito sea el poderoso Alá!», dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo. «¡Bendito sea Alá!», repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña a don Quijote y a Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las

otras comenzaron en los campos de Montiel, y no es mucho lo que pide para tanto como él promete; y, así, prosigue, diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fue tenido a buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabía, puesto que la historia no lo declara: solo le oyeron decir que cuando tropezaba o caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar o caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole don Quijote:

—Sancho amigo, la noche se nos va entrando a más andar, y con más escuridad de la que habíamos menester para alcanzar a ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea; con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas.

—Yo así lo creo —respondió Sancho—, pero tengo por dificultoso que vuestra merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte a lo menos que pueda recibir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuestra merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.

—¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho —dijo don Quijote—, adonde o por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías, o corredores, o lonjas o como las llaman, de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser —respondió Sancho—, pero a mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.

—Con todo eso, vamos allá, Sancho —replicó don Quijote—, que, como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, o por resquicios, o verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue a mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón, de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía.

—Pues en verdad, señor —respondió Sancho—, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos¹²; y debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.

—¡Que todavía das, Sancho —dijo don Quijote—, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un

menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran a tiro de ballesta su principalidad! Mal se te acuerdan a ti, ¡oh Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas y se sentaron a labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas. Y desta manera debía de ser el de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener a mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras^v que ellas tienen; y, así, temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.

—Eso es lo que yo digo también —respondió Sancho—, y pienso que en esa leyenda o historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros había visto debe de andar mi honra a coche acá, cinchado, y, como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles. Pues a fe de bueno que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado; bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco, pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos. Pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.

—Eso me parece, Sancho —dijo don Quijote—, a lo que sucedió a un famoso poeta destos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella a una dama que se podía dudar si lo era o no; la cual, viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta diciéndole que qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira y la pusiese en el ensanche: si no, que mirase para lo que había nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra o por

escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. También alude a esto lo que sucedió al grande emperador Carlo Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocación se llama de todos los santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o, por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima; desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y a su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura; y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: «Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo». «Yo os agradezco —respondió el Emperador— el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasión que volváis a hacer prueba de vuestra lealtad; y, así, os mando que jamás me habléis, ni estéis donde yo estuviere». Y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio? ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado. Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

—Todo lo que vuestra merced hasta aquí me ha dicho —dijo Sancho— lo he entendido muy bien, pero, con todo eso, querría que vuestra merced me sorbiese una duda que agora en este punto me ha venido a la memoria.

—*Asolviese* quieres decir, Sancho —dijo don Quijote—. Di en buen hora, que yo responderé lo que supiere.

—Dígame, señor —prosiguió Sancho—: esos Julios o Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están agora?

—Los gentiles —respondió don Quijote— sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, o están en el purgatorio, o en el cielo.

—Está bien —dijo Sancho—, pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos ¿tienen delante de sí lámparas de plata, o están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? Y si desto no, ¿de qué están adornadas?

A lo que respondió don Quijote:

—Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, a quien hoy llaman en Roma «la aguja de San Pedro»; al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, a quien llamaron *moles Hadriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma; la reina Artemisa sepultó a su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo. Pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

—A eso voy —replicó Sancho—. Y dígame agora: ¿cuál es más, resucitar a un muerto o matar a un gigante?

—La respuesta está en la mano —respondió don Quijote—: más es resucitar a un muerto.

—Cogido le tengo —dijo Sancho—. Luego la fama del que resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza los cojos y da salud a los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

—También confieso esa verdad —respondió don Quijote.

—Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman a esto —respondió Sancho—, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, o sus reliquias, llevan los reyes sobre

sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares.

—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? —dijo don Quijote.

—Quiero decir —dijo Sancho— que nos demos a ser santos y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer o antes de ayer (que, según ha poco, se puede decir desta manera) canonizaron o beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora a gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración que está, según dicen, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro Señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endriagos.

—Todo eso es así —respondió don Quijote—, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria.

—Sí —respondió Sancho—, pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

—Eso es —respondió don Quijote— porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

—Muchos son los andantes —dijo Sancho.

—Muchos —respondió don Quijote—, pero pocos los que merecen nombre de caballeros.

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó a don Quijote. En fin, otro día al anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla y el otro por no haberla visto estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que a cosas llegan.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. VIII - Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso»

Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.



Texto 12

Capítulo IX - Donde se cuenta lo que en él se verá

Media noche era por filo, poco más a menos, cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura, por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando, rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero a mal agüero; pero, con todo esto, dijo a Sancho:

—Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta.

—¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol —respondió Sancho—, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña?

—Debía de estar retirada, entonces —respondió don Quijote—, en algún pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose a solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

—Señor —dijo Sancho—, ya que vuestra merced quiere, a pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta por ventura de hallar la puerta abierta? Y ¿será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha a llamar a la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran a cualquier hora, por tarde que sea?

—Hallemos primero una por una el alcázar —replicó don Quijote—, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos. Y advierte, Sancho, que yo veo poco, [o] que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

—Pues guíe vuestra merced —respondió Sancho—: quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día.

Guió don Quijote, y, habiendo andado como docientos pasos, dio con el bulto que hacía la sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la **iglesia principal del pueblo**. Y dijo:

—Con la iglesia hemos dado, Sancho.

—Ya lo veo —respondió Sancho—; y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cementerios a tales horas, y más, habiendo yo dicho a vuestra merced, si mal no [me]



Iglesia Parroquial de San Antonio
Abad en 1916.

acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.

—¡Maldito seas de Dios, mentecato! —dijo don Quijote—. ¿Adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificadas en callejuelas sin salida?

—Señor —respondió Sancho—, en cada tierra su uso: quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así, suplico a vuestra merced me deje buscar por estas calles o callejuelas que se me ofrecen: podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados.

—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora —dijo don Quijote—, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero.

—Yo me reportaré —respondió Sancho—; pero, ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuestra merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla a media noche, no hallándola vuestra merced, que la debe de haber visto millares de veces?

—Tú me harás desesperar, Sancho —dijo don Quijote—. Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta.

—Ahora lo oigo —respondió Sancho—; y digo que, pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco...

—Eso no puede ser —replicó don Quijote—; que, por lo menos, ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.

—No se atenga a eso, señor —respondió Sancho—, porque le hago saber que también fue de oídas la vista y la respuesta que le truje; porque, así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.

—Sancho, Sancho —respondió don Quijote—, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado a la señora de mi alma has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venía a pasar por donde estaban uno con dos mulas, que, por el ruido que hacía el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador, que habría madrugado antes del día a ir a su labranza; y así fue la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dicen:

Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles.

—Que me maten, Sancho —dijo, en oyéndole, don Quijote—, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?

—Sí oigo —respondió Sancho—; pero, ¿qué hace a nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Caláinos, que todo fuera uno para sucedernos bien o mal en nuestro negocio.

Llegó, en esto, el labrador, a quien don Quijote preguntó:

—¿Sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso?

—Señor —respondió el mozo—, yo soy forastero y ha pocos días que estoy en este pueblo, sirviendo a un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar; entrambos, o cualquier dellos, sabrá dar a vuestra merced razón desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras, sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa.

—Pues entre éstas —dijo don Quijote— debe de estar, amigo, ésta por quien te pregunto.

—Podría ser —respondió el mozo—; y adiós, que ya viene el alba.

Y, dando a sus mulas, no atendió a más preguntas. Sancho, que vio suspenso a su señor y asaz mal contento, le dijo:

—Señor, ya se viene a más andar el día, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de día, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar o palacio de mi señora, y asaz sería de desdichado si no le hallase; y, hallándole, hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuestra merced esperando que le dé orden y traza para verla, sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho —dijo don Quijote—, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos a buscar donde me embosque, que tú volverás, como dices, a buscar, a ver y hablar a mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores.

Rabiaba Sancho por sacar a su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado a Sierra Morena; y así, dio priesa a la salida, que fue luego, y a dos millas del lugar hallaron una floresta o bosque, donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía a la ciudad a hablar a Dulcinea; en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo crédito.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. IX - Donde se cuenta lo que en él se verá» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.



Vecinos de El Toboso ante la casa llamada de la Torrecilla —antiguo palacio de Dulcinea—, por J. Peña Delgado, Toledo, julio de 1901.

Texto 13

Capítulo X - Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos

Llegando el autor desta grande historia a contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por objeciones que podían ponerle de mentiroso; y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.

Y así, prosiguiendo su historia, dice que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

—Anda, hijo —replicó don Quijote—, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe: si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa⁶; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado... Finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto —dijo Sancho—; y ensanche vuestra merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos, no hay estacas; y también se dice: «Donde no piensa, salta la liebre». Dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios o alcázares de mi señora, agora que es de día los pienso hallar, cuando menos los piense; y hallados, déjenme a mí con ella.

—Por cierto, Sancho —dijo don Quijote—, que siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y don Quijote se quedó a caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba; y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando, volviendo la cabeza, y viendo que don Quijote no parecía, se apeó del jumento y, sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mismo y a decirse:

—Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? —No, por cierto. —Pues ¿qué va a buscar? —Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. —¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? —¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. —Y bien, ¿y de parte de quién la vais a buscar? —De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. —Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? —Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares.

—¿Y habéisla visto algún día por ventura? —Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. —¿Y pareceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos y no os dejasen hueso sano? —En verdad que tendrían mucha razón, cuando no considerasen que soy mandado, y que

Mensajero sois, amigo,
no merecéis culpa, non.

—No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios que si os huele, que os mando mala ventura. — ¡Oxte, puto! ¡Allá darás, rayo! ¡No, sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno! Y más, que así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a Marica por Ravena o al bachiller en Salamanca. ¡El diablo, el diablo me ha metido a mí en esto, que otro no!

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fue que volvió a decirse:

—Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: «Dime con quién andas, decirte he quién eres», y el otro de «No con quien naces, sino con quien paces». Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo a jurar, y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el

hito, venga lo que viniere. Quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez a semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas, o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura, por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio, y deteniéndose allí hasta la tarde, por dar lugar a que don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso. Y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vio que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vio a las labradoras, a paso tirado volvió a buscar a su señor don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vio, le dijo:

—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca o con negra?

—Mejor será —respondió Sancho— que vuesa merced la señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo —replicó don Quijote—, buenas nuevas traes.

—Tan buenas —respondió Sancho—, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? —dijo don Quijote—. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced —respondió Sancho—, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—*Hacaneas* querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay —respondió Sancho—; de *cananeas* a *hacaneas*; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho hijo —respondió don Quijote—, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

—A las crías me atengo —respondió Sancho—, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vio sino a las tres labradoras, turbóse todo y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

—¿Cómo fuera de la ciudad? —respondió—. ¿Por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a medio día?

—Yo no veo, Sancho —dijo don Quijote—, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—¡Agora me libre Dios del diablo! —respondió Sancho—. ¿Y es posible que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor que me pele estas barbas si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo —dijo don Quijote—, que es tan verdad que son borricos, o borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos, a mí tales me parecen.

—Calle, señor —dijo Sancho—, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y, diciendo esto, se adelantó a recibir a las tres aldeanas y, apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras y, hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talente al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnífica presencia⁵³. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincadosde rodillas, que no dejaban pasar adelante a su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohína, dijo:

—Apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar, que vamos depriesa.

A lo que respondió Sancho:

—¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se entenece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la coluna y sustento de la andante caballería?

Oyendo lo cual otra de las dos, dijo:

—Mas ¡jjo, que te estrego, burra de mi suegro! ¡Mirad con qué se vienen los señoritos ahora a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino e déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

—Levántate, Sancho —dijo a este punto don Quijote—, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora.

—¡Tomá que mi agüelo! —respondió la aldeana—. ¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos! Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.

Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo.

Apenas se vio libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando, picando a su *cananea* con un aguijón que en un palo traía, dio a correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó a dar corcovos, de manera que dio con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar el albarda, que también vino a la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y quiriendo don Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque, haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica y, puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dio con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas, como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:

—¡Vive Roque que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mexicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebrá. Y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento.

Y así era la verdad, porque, en viéndose a caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiólas don Quijote con la vista, y cuando vio que no parecían, volviéndose a Sancho, le dijo:

—Sancho, ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores? Y mira hasta dónde se estiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y

volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó el alma.

—¡Oh canalla! —gritó a esta sazón Sancho—. ¡Oh encantadores aciajos y malintencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas, como sardinas en lancha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcorchoñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y, finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocádes en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de más de un palmo.

—A ese lunar —dijo don Quijote—, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

—Pues yo sé decir a vuestra merced —respondió Sancho— que le parecían allí como nacidos.

—Yo lo creo, amigo —replicó don Quijote—, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella que a mí me pareció albarda que tú aderezaste, ¿era silla rasa o sillón?

—No era —respondió Sancho— sino silla a la jineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino, según es de rica.

—¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! —dijo don Quijote—. Ahora torno a decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron a subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar a tiempo que pudiesen hallarse en unas solenes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse. Pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. X - Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

— Museo Cervantino

En el Museo Cervantino, fundado por D. Jaime Martínez Pantoja en los años 20, se ubica en una antigua iglesia del siglo XVII, que pertenecía a la orden religiosa denominada la Tercera Orden. De ella, se conserva su arco del siglo XVII y un sillar de piedra, fechado en 1611. Este edificio se encuentra frente a la Parroquia de San Antonio Abad. Su portada histórica da acceso al Museo Cervantino y a la Oficina de Turismo de El Toboso.

En él encontramos una interesante exposición de ediciones del Quijote en más de 80 lenguas diferentes; unas tienen interés por las firmas de las personalidades que los donaron y otras, por su gran valor bibliográfico.

Muchas de estas ediciones están dedicadas a la villa de El Toboso por diferentes políticos, e intelectuales. Entre ellas mencionar la primera edición de EL QUIJOTE en euskera, otra escrita en caracteres celtas, procedente de Irlanda, así como una colección de manuscritos, entre los cuales destaca uno realizado por los reclusos del reformatorio de Ocaña en el año 1926, con bellas ilustraciones, otro llegado desde (Piera) Barcelona, que es el Quijote más grande del mundo; ediciones firmadas por Nelson Mandela, premio Nobel de la Paz; Mitterrand, Margaret Thatcher, Ronald Reagan, Olof Palme, Fidel Castro, Mussolini, el rey Felipe VI, la manchega universal, Sara Montiel, o el tenista Rafa Nadal. Toda la colección es donada y la borda el altruismo y generosidad de muchas personalidades, instituciones y amantes de El Quijote que también han dejado su huella en *El Quijote Políglota de Excmo. Ayto de El Toboso*.

Resaltar dos obras de la colección que no son «El Quijote»: uno de ellos es *El cantar de los nibelungos* firmada por Hitler, y otra *El libro verde de la revolución* firmado por Gadafi. Entre las últimas donaciones llegadas se encuentra el primer ejemplar de la edición especial conmemorativa del IV Centenario, *El Quijote del Toboso*, editada por José Perea Ramírez con ilustraciones del pintor José Manuel Exojo, ambos naturales de la localidad ciudadrealeña de Pedro Muñoz.





Arzob. del castillo la catedral y dibujo

Ensayando Salva la guerra en Madrid 1772